

ALFAGUARA

Alicia Steimberg

Músicos y relojeros



ALICIA STEIMBERG

Músicos y relojeros

Alfaguara

Sinopsis

Una abuela que emigró de Kiev; un abuelo vegetariano, ateo y socialista; un padre que murió joven; una madre que remarca los sacrificios de su vida. En el centro de la escena, una niña que observa y escucha su entorno con agudeza y picardía. Fuera del círculo familiar, las amigas de la cuadra, la escuela, el almacén, el conservatorio de música, la iglesia, y el telón de fondo de los gobiernos conservadores y el ascenso de Perón.

'Esta novela -una joya- lleva la marca de la voz distintiva de Steimberg, ingeniosamente descarada, irónica pero cálida, precoz y a la vez con conocimiento de mundo'. Publisher's Weekly

©1971, Steimberg, Alicia

©2012, Alfaguara

Colección: Ebook

ISBN: 9789870425816

Generado con: QualityEbook v0.70

Mi abuela conocía el secreto de la vida eterna. Consistía en un conjunto de reglas tan simples, que era increíble que nadie más que ella las conociera y las practicara. A veces nosotros participábamos del ritual, asegurándonos así, si no una inmortalidad completa, por lo menos una buena dosis de inmortalidad.

Una de las ceremonias de ese culto consistía en hervir acelgas y comerlas inmediatamente, rociadas con el jugo de la cocción y el de dos limones grandes. En la forma más perfecta de esta práctica las acelgas se hervían debajo de un limonero. Una vez listas, se hacía una incisión en dos limones que colgaran del árbol sobre la olla, para que el jugo que cayera sobre las acelgas conservara intactas sus vitaminas. Así se evitaba “comer cadáveres”.

Decía mi abuela que el noventa por ciento de los males del hombre provenían del estreñimiento. En casa lo padecían todos, y había un continuo ir y venir de recetas para combatirlo. A pesar de su sabiduría al respecto, mi abuela lo padecía más que nadie. Cuando lograba mover el vientre, andaba un rato con una gran sonrisa, se lo contaba a todo el mundo, y hasta era capaz de hacer algún chiste, o acordarse de la primavera en Kiev.

Ésas eran primaveras, después de unos inviernos que también eran verdaderos inviernos. Cuando ya parecía que el frío y la nieve iban a ser eternos, una mañana cualquiera ella corría las cortinas y veía pasar torrentes ante su ventana. No bien se escurría el agua, bajo un sol repentino, todo estallaba en flores y los bosques se llenaban de cerezas. Cerezas dulces, no como las de aquí. Y así era al día siguiente, y al otro, y al otro. No como aquí, en estas primaveras que no se sabe lo que son.

Así hablaba mi abuela de su país natal, cuando la marcha de sus intestinos la ponía de buen humor.

Parte I

No sé si alguna vez Otilia se hizo la ilusión de que estaba linda. Tal vez alguna tarde de verano, mientras cruzaba la Nueve de Julio en tranvía con su novio, un tipo buen mozo parecido a Clark Gable y más joven que ella. Ustedes querrán saber cómo lo consiguió. Fue en un baile, donde ella y su hermana la que le seguía se sacaron un novio cada una.

Los muchachos eran amigos entre sí. Hacía poco que estaban en Buenos Aires, y se ganaban la vida como podían. También se daban sus placeres de hombres solteros. Con treinta centavos disfrutaban de un día de sol: diez para el tranvía hasta el Balneario Municipal, diez para la vuelta, diez para un sándwich de salame. Tendidos al sol, con sus mallas de lana, sus bigotitos y su inocencia, hablaban del futuro.

—¿Y, che, te casás? —preguntaba Clark Gable.

—Y... no —contestaba el otro—. Yo viajo.

Sin embargo, los casamientos se hicieron con sólo un mes de intervalo, poco tiempo después de la charla en el Balneario. Primero se casó Otilia (la suerte de la fea la linda la desea). Presenció los preparativos de la abuela. Se ubicó en el patio de la casa de Donato Álvarez, junto a una bolsa de pancitos. Los cortó a todos por la mitad y los untó con algo. En las mesas de caballete que armaron por la noche en el mismo patio, campeaban las fuentes cargadas con los pancitos, los naranjines y la cerveza. No sé si había algo más, porque pocas veces logré acercarme, y cuando lo conseguía tenía que aguantar los besos mojados de las tías, decir cómo me llamaba y cuántos años tenía, y si quería a mi hermanito.

Tampoco pude ver bien el glorioso momento en que las novias abandonaron el hogar paterno y adquirieron la prerrogativa de ser mantenidas por sus maridos. Los invitados se apiñaban alrededor del palio nupcial, iluminado por una bombita eléctrica. Clark Gable y su amigo eran tipos altos; sus cabezas quedaban algo ladeadas bajo el palio, con la lamparita apoyada sobre sus peinados a la brillantina. Fuera de este mínimo inconveniente, todo salió bien. En puntas de pie, y estirando inútilmente el cuello, oí la voz grave del rabino entonando las alabanzas a Dios que inauguran la ceremonia. Yo era chica, pero ya sabía que había que emocionarse, que el vientecito de jazmines venía de la casa de al lado, porque en la de los abuelos no había más que malvones, y que más de un invitado se daba vuelta con irreverencia, en medio de la ceremonia, para lanzar miradas vigilantes a la mesa de caballete. En la primera de estas bodas aprendí algo: no tenía que quedarme hasta el final de la ceremonia en el camino del palio a la mesa. Aquella vez lo hice, y por poco me aplastan.

Varios años antes se había celebrado otro casamiento en esa casa, casamiento del que nació yo y, tres años después, mi hermano (sí, lo quería a mi hermanito). Después de los casamientos de Otilia y Amanda, el abuelo se enfermó y dejé de ir a la casa de Donato Álvarez. No tuve más noticias de él hasta que me llevaron a la Chacarita (porque mi abuelo, ateo, socialista y vegetariano, fue cremado por su expresa voluntad y no descansa entre nuestros familiares en el cementerio judío). No me advirtieron antes de llevarme al cementerio que el abuelo se había muerto, para no impresionarme. Estuvimos un rato mirando una cajita donde era imposible pensar que estuviera el abuelo. Otilia y Amanda no fueron al cementerio; por su estado. Mis primos nacieron, también, con un mes de intervalo: primero el hijo de Otilia y Clark Gable. Estos últimos se fueron a vivir a General Pico, y se perdieron un poco de vista.

Así se cerró una época larga y difícil para la familia, pero linda y divertida para mí. Olisqueaba los bizcochos que la abuela horneaba en la cocina, escuchaba a Mele, Otilia y Amanda cuando ensayaban las obras didácticas de la Agrupación Teatral del Partido Socialista, y miraba nacer un molino de viento en la tela que pintaba Mele. La tela no me interesaba tanto como la paleta, cargada de toda clase de manchas y promontorios de colores.

Otilia y Clark Gable se instalaron en una pieza, donde encajaron una cama de matrimonio con sus mesas de luz, una mesa de comedor con sillas, un ropero, un aparador y un trinchante. En un jarrón que Otilia llamaba “centro de mesa” había un ramo de flores artificiales fabricadas por ella misma. Cuando nació el Mofle (le decían así por mofletado), también hubo que hacer entrar la cuna.

Otilia no se volvió más linda con la maternidad, pero sí más gorda. Era imposible pensarla como se la había visto durante los días del noviazgo: flaca, con su vestido de marinero de lino azul, zapatos blancos de taco carretel y melena con onditas en la frente. Clark Gable, en cambio, estaba más flaco que entonces, pero siempre buen mozo, eufórico, bromista.

De vez en cuando la madre y la hermana de Clark Gable venían de Entre Ríos a visitarlos. Por su condición de señoras gozaban de cierto ocio y podían hacer turismo. Tenían voces chillonas y practicaban un método anticonceptivo que consistía en saltar repetidas veces de una mesa al suelo después de “tener relaciones” con su marido. Eran famosas por el número de abortos que se hacían. En la familia ninguna bajaba de treinta o cuarenta.

Otilia y Amanda, mal que mal, se habían convertido en señoras. Otilia eligió los nombres para sus hijos de los que aparecían en las notas sociales de El Hogar. Los mismos nombres de los niños de la de Peralta Ramos o la de Martínez de Hoz. Evitó las catolicidades conspicuas, como las combinaciones con María. Amanda, menos presumida, más sentimental y gran cantora de tangos, dio a sus hijos nombres de resonancia popular. Se llamaron Evaristo, Azucena y Greta. Esta última concesión, o desvío, se debió a su pasión por las actrices extranjeras.

Con lo de los nombres se rompió una larga tradición familiar. Todas las primas de Otilia y Amanda se llamaban Dora, y todos los primos, León.

Para reconocerlos se los clasificaba como Dora, Dorita, Dorucha, Dora la Grande, Dora la Chica, Dora la de tío José, León, Leoncito, Leoncho, León el de la relojería y León el abogado. Cuando estaban todos juntos no había ninguna confusión: cada uno sabía muy bien quién era él y quiénes eran los demás.

Con tres de sus cuatro hijas ya casadas, la abuela estaba contenta. En los casamientos de otros

familiares, que no se celebraban bajo la parra, sino en los salones alquilados a propósito, se fotografiaba junto a sus hijas, sus yernos y sus nietos, engalanados y con zapatos nuevos. Aprendí a desconfiar de las sonrisas que todos se prodigaban en esas ocasiones sociales. En cuanto la abuela volvía de la fiesta y se ponía el batón, mostraba su verdadera cara, espejo de una existencia llena de sufrimientos, junto a un marido mudo y unas hijas que vivían peleándose como descosidas, alimentando rencores sin fondo. Las cuatro eran, según yo les oía decir en las peleas, perras, víboras, malvadas, egoístas, imbéciles y avaras. Yo las miraba, tratando de descubrir esas cualidades en sus caras, pero no se veía gran cosa, salvo que estaban feas y gordas.

Después de cada pelea rompían para siempre. Pero volvían a encontrarse después de cada casamiento o velorio, llenas de rouge y sonrisas tiernas, con los hijitos en exposición, y acababan reanudando las relaciones. Durante un tiempo reinaba la calma. Hacíamos un picnic. Todo salía mal, plagado de hormigas, mosquitos y colectivos llenos. “Cuando un pobre se divierte...”, decía Mele, la que tardó en casarse, que como todas sus hermanas era muy amante del sainete. La abuela trataba de levantarnos el ánimo contando cosas cómicas que le pasaban a la gente conocida: un tipo había hecho un mal negocio que lo había dejado en la calle; otro había tenido que suspender los estudios por dificultades económicas, a otro se le había frustrado un viaje, a otro le había nacido su sexta hija mujer... Se reía hasta ahogarse, y no se fijaba si los demás participaban de su diversión.

Las mismas cosas no eran cómicas cuando le pasaban a ella. Entonces caía en una amargura total, se le acentuaban las bolsitas grisáceas debajo de los ojos y tomaba lo sucedido como una confirmación más de su mala estrella.

A pesar de su triste experiencia en el asunto, era gran defensora del matrimonio. Aconsejaba a las chicas que fueran a las fiestas con lindos vestidos muy escotados, muchas joyas, verdaderas o falsas (la cosa era que brillaran), y ojo atento a los muchachitos. No había que ser zonza.

Decía: “Joven, le presento a mi hija”. La víctima, desconcertada, no se paraba a pensar que además de no conocer a quien le presentaban, lo cual era natural, tampoco conocía a la que hacía las presentaciones, lo cual no era tan natural.

La estrategia no fallaba nunca. El candidato se ponía colorado, le daba la mano a la chica y la sacaba a bailar. La madre iba a sentarse junto a otras madres que la miraban de reojo. De pura envidia, ya que sus hijas planchaban en la otra punta del salón, fingiendo estar encantadas de charlar entre ellas, mientras otras ya se probaban el ajuar o empujaban cochecitos en el parque.

Había tardes con visitas en la casa de Donato Álvarez. Venían los tíos de Constitución, me daban besos mojados, etcétera, y si lo quería a mi hermanito. Una vez trajeron a su nieto para que jugara conmigo, pero tosía mucho, de manera que no me dejaron acercarme. Yo lo miraba desde lejos, sentada en el primer escalón de la escalera que llevaba a la terraza. Cuando todos se distrajeran con la conversación, subí toda la escalera y al llegar arriba perdí pie y me desbarranqué hasta abajo, yendo a aterrizar sobre Otilia que me esperaba con los brazos abiertos. Le di con el taco de mi zapato en la nariz. Después me miraba con odio mientras se ponía trapos con salmuera. No me dijo nada porque yo era una criatura, pero estoy segura de que a partir de ese accidente yo también pasé a ser, como todas ellas, perra, víbora, malvada, egoísta, imbécil y avara.

Mi abuelo, el único hombre de la casa, no solía participar en las conversaciones. Se

recordaba una época en que había dado órdenes a sus hijas. Cuando las veía muy contentas, riéndose mucho, portándose como loquitas, les administraba una purga. Opinaba que todas las conductas raras se debían a desarreglos intestinales. “¿Te acordás, tu papá”, decía la abuela cuando le daba por las evocaciones, “cómo te tenía con el Té Josselin?”, y se sacudía de risa.

Cuando la abuela emigró de Kiev a Buenos Aires tenía once años. La mandaron a la escuela y aprendió muy bien el castellano. Cantaba tangos como un pájaro enfermo:

Cicatriiiiiiiiiiiiiices

(trino)

Imborrables de una heriiiiiiiiida...

(trino)

Nunca hablaba de cómo llegó a casarse con el abuelo. Una a una fue pariendo a sus hijas, con toda facilidad. Siempre se adelantaban a la partera, ansiosas por nacer y empezar a pelearse. Hubo tiempos muy malos. La desocupación. El desalojo. En un baile de beneficencia se reunieron fondos para procurarles, como a otros pobres, un nuevo techo. El Hogar publicó una nota sobre esa fiesta. Aprovechando la oportunidad, varias niñas fueron presentadas en sociedad. Se iniciaron varios noviazgos. En sucesivas notas de la revista aparecieron fotografías de las formalizaciones, las bodas y los nacimientos de los primogénitos. Las jóvenes madres eligieron nombres para sus históricos hijitos. Los mismos que llevan, hasta el día de hoy, los hijos de Otilia.

Antes de casarse, Otilia y Amanda eran vendedoras en La Piedad, donde ensalzaban ante las clientas las bellezas de los batones y los pirineos.

Mele, la dura de casar, nunca trabajó fuera de la casa. A veces cosía algo, ayudaba en los quehaceres, y cuando terminaba se ponía a pintar.

Pintaba flores, barcos a vela en el crepúsculo, holandesas con tulipanes, parvas junto a casas de campo. Los copiaba de unas tarjetas postales que tenía.

Los domingos todos almorzábamos en Donato Álvarez. Iban los novios de Otilia y Amanda. Los hombres alegraban la casa. Eran conversadores, traían botellas de vino, sentaban a una en sus rodillas para que mostrara cómo estaba aprendiendo a leer. Las mujeres no se peleaban. Yo recitaba, probaba el oporto de papá, y decía que lo quería a mi hermanito.

Los noviazgos se anunciaban lo más tarde posible para evitar que alguna otra pusiese el ojo en el candidato. Pero se trataba de estrechar vínculos con la familia del marido. En esto Amanda era una especialista. No bien el amigo de Clark Gable empezó a demostrar que aflojaba y que, viajes o no viajes se iba de cabeza al matrimonio, Amanda empezó a visitar a sus futuras cuñadas.

Yo la acompañé en la primera visita, porque la presencia de una criatura hace más cómoda la situación. Entre darle caramelos, hacerla recitar un versito, preguntarle imbecilidades y compararla con criaturas similares de la propia familia, se pasa la mayor parte del tiempo.

El amigo de Clark Gable tenía dos hermanas solteras: Lía, flaquísima y despintada, y Marta, mucho más joven, con pelo crespo y labio inferior protuberante, que se ponía colorada por cualquier cosa. Lía tenía una manera muy personal de pronunciar la ere. No se podía decir simplemente que fuera una ere gutural. Sonaba como la “g” en “gato”. Ella fue quien nos abrió la puerta, nos hizo atravesar un patio negruzco, y entrar en una pieza junto a cuya puerta había una alcancía oxidada, con la estrella de David, para poner contribuciones para Eretz Israel.

No bien me trepé a mi silla Lía me miró y dijo: “Oy, qué guica” y me dio una masita algo

aceitosa. Pero en realidad le interesaba Amanda. Se la comía con los ojos, desde la melena ondeada con brillantina hasta las uñas esmaltadas con rojo violáceo y el anillo con aguamarina.

“Vení, Magta”, llamó a la hermana. “Vinieron Amanda y la sobrecita.”

“Pobres chicas”, comentaba después Amanda, “se pusieron locas de contentas con la visita. Hay que ver cómo viven en esa casa...”.

Los maridos no se alteraban por los dramas pasionales entre las hermanas. Clark Gable, por ejemplo, siempre se levantaba de buen humor, para ir a su empleo. Era, decía mi abuela, un empleadito. “Un empleadito con un sueldito que no alcanza para nada.” Y ya le temblaban las comisuras de los labios de ganas de reírse.

Volvamos a Clark Gable, que acaba de oír el despertador mezclado con el llanto de su hijo.

Mientras se ordena salir de la cama, echarse encima toda la ropa que pueda y largarse por el patio hacia el único baño de la casa, observa a su hijo prendido de la teta. La cara de Otilia está tapada por mechones de pelo negro, con restos de ondulación permanente. Al ir tomando sus ropas para vestirse, Clark Gable aparta una prenda que no corresponde: es la faja de Otilia.

Cuando vuelve del baño, el bebé está otra vez en su cuna, y sobre el Primus se calienta el agua para el mate. Entre tanto, Otilia se pone la faja.

De su flacura prenupcial sólo quedan muestras en sus brazos y piernas. El cuerpo, en cambio, parece un tonel. Otilia se ajusta la faja, tirando de las cintas a los costados, hasta que forma un rodete de carne floja sobre el borde superior.

Clark Gable aparta la vista y silba:

No cantes, hermano, no cantes,
que Moscú está cubierto de nieve...

Clark Gable era alegre y generoso. Cuando él estaba presente no podía estallar ninguna tormenta. Convidaba a todo el mundo con mate y bizcochos y, cuando su suerte mejoró, con toda clase de buenas bebidas y bocados. Se reía, se acordaba de su infancia en Entre Ríos, de sus primeros tiempos en Buenos Aires, las excursiones al Balneario Municipal y el noviazgo con Otilia.

Cada vez que Otilia perdía algo, y eso pasaba cien veces por día en el caos de la pieza, le recitaba: De todo te olvidas, cabeza de novia.

Anoche dejaste allí, sobre el piano...

A nosotros, los chicos, Clark Gable nos fascinaba. Siempre le pedíamos que cantara o recitara. Cuando llamaba a la mesa lo seguíamos, encantados de verlo restregarse las manos al son de:

Nooo meeeeeee tíiiiiiiiiires
la tapa de la olla,
porque se abolla,
abolla...

Un carnaval me disfrazaron de bailarina Pavlova. No tengo idea de qué era lo que me identificaba como Pavlova. Me llevaron para exhibirme de casa en casa de parientes, entre ellos la bisabuela, reliquia de la familia, madre de mi abuelo materno. Yo tenía miedo de ir a ver a una persona tan vieja, que se podía morir en cualquier momento. Me preparé para la visita como para

una aplicación de ventosas.

Caminamos por calles desconocidas, yo con mi disfraz y un lunar pintado debajo del ojo, entre mamá y una de las tías. Más atrás venía mi padre, de traje azul y cuello duro, silbando bajito y mirando las copas de los árboles. Cuando vi que se paraba ante una puerta y tocaba el timbre traté de disparar, pero me atajaron, y nos hicieron pasar a la pieza de la bisabuela.

Por mala e insoportable, la bisabuela pasaba sus últimos días en esa casa de pensión, alejada de su enorme familia. Algún domingo uno de sus nietos venía a buscarla en su coche para sacarla a tomar aire. La abuela se sentaba en el asiento posterior, de modo que el nieto quedaba solo ante el volante. Erguida como una saeta, y sin mirarlo, ordenaba: “¡March!”. El nieto arrancaba, divertido, como habría arrancado el cochero en Rusia, donde ella regenteaba casa, campos, coches, caballos, hijos, campesinas que le servían de nodrizas... y algún marido.

Todo se terminó de golpe, un día. Tiempos del zar; un pogrom. El desastre fue precedido por un presagio, que casi cuesta la vida a la mitad de sus hijos. Estaban éstos reunidos en el granero, tomando una clase de francés... (Cuando una oía estas historias, incansablemente repetidas en la familia, no se preguntaba el porqué de las cosas. Si las clases de francés se daban en el granero, es que ésa sería la costumbre en Rusia, y basta.) Mi abuelo, que ya entonces era un poeta, un filósofo y un vago, en vez de mirar a la mademoiselle, miraba el techo. Pensaba en las cerezas del bosque, en las tetas de la nodriza que alimentaba a su hermano menor, y en su ilustre ascendencia que llegaba, según le enseñaba su madre, “dirrectamente hasta ellerey David”. (Yo estaba convencida de que en Rusia la gente hablaba castellano, con acento.) De pronto el joven pescador vio algo en el techo. Abrió la boca, y se hundió en varias reflexiones más sobre el acontecer de las cosas. Finalmente tiró su silla, arrastró a su hermana hacia la puerta y empezó a gritar: “¡Foigue! ¡Foigue!”.

Alcanzaron a salir todos justamente antes de que el techo del granero, en llamas, se desplomara sobre sus cabezas.

La bisabuela no dijo palabra durante nuestra visita. Nos quedamos todos muy tiesos, sentados en las sillas y en la cama. Yo me entretuve mirando un frasco de dulce que había sobre la mesita de luz. Cuando nos levantamos para irnos, la bisabuela me pasó una mano rígida sobre la cara (Dios mío, los enemas, las ventosas), tomó el frasco de dulce y me lo puso en las manos. “Decile gracias a la abuela”, dijo la tía mientras me daba un empujón. “Gracias”, dije, apretando el frasco contra la barriga.

Mientras nos alejábamos por la vereda, me di vuelta una vez y la vi parada en la puerta, sin sonreírse y sin mirarnos. No bien doblamos la esquina, recibí una lluvia de papel picado y alguien me preguntó: “Nena, ¿de qué estás disfrazada?”. “De bailarina Pavlova”, contesté con firmeza. Y siguió el Carnaval.

El abuelo dormía en el diván ubicado en el comedor. Por más temprano que uno entrara allí, siempre encontraba todo ordenado, la cama estirada y el piso barrido. El abuelo leía La Vanguardia, libros de José Ingenieros y Juan B. Justo, y tratados sobre vegetarianismo. Me sentaba en sus rodillas y me hacía deletrear: l-a v-a-n-g-u-a-r-d-i-a. Después me mandaba a jugar al patio. Usaba grandes bigotes con las puntas hacia arriba, que mantenía en esa forma durmiendo con un aparato llamado bigotera.

La abuela dormía en otra pieza, muy desordenada. Sobre la mesa, entre tazas usadas y frascos

de remedios, solían verse los dos arcos de su dentadura postiza en un vaso de agua, y su faja, mucho más grande y complicada que las de sus hijas, con cintas y ballenas por todas partes.

El abuelo estaba afiliado al Partido Socialista. Duramente apartado de la religión y las tradiciones familiares, se dedicó a inculcar en sus hijas las ideas revolucionarias. Les enseñó que todas las personas, judías o no judías, son iguales. Las nenas aprendieron a cantar la Internacional antes que el Arroz con leche. No consiguió hacerlas vegetarianas. Tuvo que limitarse a ingerir sus verduras en un extremo de la mesa, echando una que otra mirada de asco al puchero que ellas devoraban. Les enseñó el amor al trabajo, no con el ejemplo, ya que entre la mala suerte, las épocas de crisis y desocupación, su mala salud y el egoísmo de sus hermanos, no pudo llevar una vida muy activa, pero sí con máximas y lecturas apropiadas.

En sus momentos de solaz, las cuatro chicas cantaban:

La máquina de coser
canta su canción de prisa,
mientras la buena mujer
va planchando una camisa...

Mamá fue la única de las cuatro que estudió. “Nos morimos de hambre para que vos estudies, perra”, le recordaban frecuentemente sus hermanas. “Estudiar es lo único que me salva de pegarme un tiro por tener que vivir con ustedes, víboras”, contestaba mamá.

Ella fue la primera en casarse y lo hizo, fiel a las ideas de su padre, por el Registro Civil solamente. Esto me lo contaron, porque por entonces los chicos no presenciaban el casamiento de sus padres. En la noche del casamiento, según me explicó una compañera de colegio, el hombre le ponía lo de adelante a la mujer en lo de adelante, y le dejaba un juguito con el cual se hacía el nene en la barriga de la mamá. Si se le iba la mano y le dejaba demasiado juguito, podía resultar un nene muy grande, como el tío de ella que pesaba siete kilos al nacer y la madre por poco se muere.

También podía suceder que, pasados los nueve meses y extraído el nene por un tajo que se le practicaba a la madre en la barriga, quedara un poco de juguito dentro de la madre, sin usar. En ese caso, pasado un tiempo, empezaba a formarse otro nene, y así es como una tenía un hermanito y siempre estaba teniendo que decir que sí lo quería.

Las otras hijas no fueron tan fieles a las ideas de su padre como mamá. En cuanto vieron que de las reuniones de comité y los grupos teatrales del Partido Socialista no se sacaba nada (me refiero a maridos), se fueron a buscarlos sin ningún escrúpulo a las fiestas y casamientos judíos. No sé qué habrá sentido el abuelo, que siempre estaba diciendo que la religión es el opio de los pueblos, ante el palio iluminado y las alabanzas al Dios hebreo en las bodas de sus hijas. En cuanto a las otras ideas, Otilia dijo bien claro, y muchas veces, que se las pasaba por el culo. Que los maridos judíos no eran “iguales” a los otros, sino que eran mejores, ya que no vivían jugando al billar en el café, y si se peleaban con una en todo caso no iban a poder decirle “judía de mierda”.

“¡Bien contenta que estoy de haberme casado con un judío!”, decía Otilia. “¡Bien que se preocupa Clark Gable por su mujer y sus hijos! La hija de Dora la Grande se casó con un cristiano. Decía que estaba (sarcástica) e-na-mo-ra-da. ¿Y? ¿Qué ganó? ¡Bien arrepentida que está, la pobre! Bah, pobre no, ¡estúpida!, porque no hay domingo que él no pierda todo en las carreras. ¡Bien que tiene que sufrir y coser para afuera, la pobre chica, para poder comer!”

Mientras hablaba, Otilia terminaba de esmaltar sus uñas con rojo oscuro y agitaba las manos para secarlas.

Atardecía. Ante mis ojos pasaban, como llamaradas, las uñas de Otilia, y desde el fondo del patio llegaba el olor del azufre que quemaba la abuela, para desinfectar no sé qué cosa.

“Los médicos no saben nada”, decía la abuela. “Son comerciantes. No les interesa atender bien; quieren terminar rápido para hacer pasar al siguiente.” Ella y las cuatro fieras vivían consultando médicos, porque ninguno servía. Preferían a los naturistas y a los homeópatas porque, decían, “curan con cosas naturales”, pero nunca seguían un tratamiento durante mucho tiempo.

Hubo un médico a quien respetaron más que a los otros. Mandaba preparar sus recetas en la única farmacia de Buenos Aires donde conocían los elixires de la vida eterna y exhibían las siguientes publicaciones en una vitrina: “Guerra a Muerte a las Toxinas”, “Germen de Trigo, Germen de Vida”, “Propiedades Sedantes de la Melaza Negra”, “Viva Cien Años Yendo Todos los Días al Baño” y “Aleje a la Muerte con el Jugo de Diez Limones por Día”.

El doctor daba importancia capital a todo lo que entraba por la boca, pero combinaba la dieta con indicaciones higiénicas generales, que figuraban en folleto impreso. Cada paciente recibía uno de estos folletos junto con las indicaciones para tratar su caso particular. Se le indicaba dormir con las ventanas abiertas, aun en pleno invierno, lavarse las manos antes de comer, evitar todo contacto con la saliva ajena (aquí había una notita sobre la cantidad de microbios que dos personas se intercambiaban con un solo beso), y observar la siguiente práctica:

“Mojar todos los días las partes sexuales con agua fría”.

Después de haber sido respetado y consultado por la familia durante algún tiempo, este médico fue reemplazado por otro descubierto por Otilia, que curaba todas las enfermedades con enemas de distintas clases, método que a ella le pareció verdaderamente inofensivo.

Fue una lástima, porque el otro era, qué sé yo, más ecléctico.

Se sentaban junto a nuestras camas, nos miraban tristemente y movían la cabeza de una manera especial, que se consigue flexionando el cuello hacia un lado y después hacia otro, de manera que el cráneo se inclinara alternativamente hacia uno y otro hombro. Escuchaban los pormenores de nuestra enfermedad y murmuraban: “Pobrecito. Ay, ay. Pobrecita. Oy, oy, oy”. Las hermanas de papá no se parecían a las tías maternas. Eran sufridas, respetuosas, y no solían pelearse delante de la gente. A veces se encontraban en casa con las fieras. “¡Tanto tiempo, chicas, parece mentira!” No tenían tanta confianza con nosotros como las hermanas de mamá: siempre se las sentía como el equipo visitante. En cuanto se retiraban, las locales las cuereaban sin asco, acordándose hasta de la época en que la familia de papá se moría de hambre en las colonias judías entrerrianas. Eran nueve hermanos. “Nueve vivieron”, aclaraba la abuela, entrando enseguida en uno de sus paroxismos de risa. La abuela juraba que su consuegra había alimentado a sus hijos a base de sopa de fideítos con leche hasta los quince años, y que por eso le habían salido todos débiles y enfermos. (La muerte prematura de mi padre, confirmó, según ella, ese hecho.) No sé si lo de las sopas de leche era totalmente cierto, pero doy fe de que mi abuela paterna las practicaba para la alimentación infantil.

Consumida, enlutada, con escasos cabellos blancos, me las servía en su cocina, mientras en el comedor los adultos se regalaban con oporto y bizcochos. Era una sopa dulce, con nata, con algunos cabellos de ángel que se me quedaban pegados en la garganta. Con cierto esfuerzo, porque

casi no hablaba castellano, la abuelita me explicaba que la sopa era buena; que si no la tomaba, yo era mala, y si la tomaba toda iba a ser grande y fuerte.

Ya había nacido el Mofle cuando cayeron de visita la suegra y la cuñada de Otilia, que vivían en Entre Ríos. Otilia recibió una carta unos días antes. Decía:

“Basso, uno de diciembre de 1940.

”Queridos hijos Otilia y Clark Gable:

”Les escribo desde ésta, para avisarles que el diez viajamos para ésta. Vamos yo y Clarita, ya que papá y el marido de Clarita no pueden dejar el trabajo. No te preocupes para nada, Otilia, que yo te voy a cocinar.

”Decile a mi hijo que se prepare para comer como antes durante algunos días, que yo le voy a hacer las cosas que más le gustan. Yo no sé cómo ahora puede comer cualquier cosa. Como suponemos que no van a tener dónde hacernos dormir (yo no sé por qué no se vienen a Entre Ríos, Clark Gable podría trabajar bien y ustedes tener una casa como la gente, que si viene la madre tendrían dónde hacerla dormir), vamos a parar en lo de Sarita. Pero todo el día lo vamos a pasar con ustedes, que hace tanto que no nos vemos.

”Te llevo varios tarros de miel para el nene, que me dicen que ya está cortando los dientitos. Ha de estar fastidioso. Con los chicos siempre hay problemas y sustos y dolores de cabeza; yo le dije a Clark Gable, ¿para qué se apuraron? Pero ahora el chico ya está aquí, y que no le venga mal de ojo, por la foto veo que es muy lindo: sale al padre.

”Bueno, hijos, reciban un abrazo y muchos deseos de felicidad de su madre.

(firma)

”Vale: Otilia, te vuelvo a decir que no te preocupes, yo te voy a cocinar”.

La suegra y la cuñada de Otilia se quedaron el tiempo suficiente como para que Otilia hablara del manicomio. Como su madre y sus hermanas, Otilia le temía al manicomio. Creía que, más tarde o más temprano podía terminar allí, no porque padeciera alguna enfermedad mental, sino por los sufrimientos que le causaban el egoísmo, la maldad, la imbecilidad y la avaricia de sus familiares. “Vos querés que yo termine loca, pero no te voy a dar el gusto”, le dijo a Mele cuando ésta se negó a cuidarle al Mofle para que Otilia y Clark Gable pudieran llevar al cine a las visitas de Entre Ríos.

Mele dijo que estaba harta de sacrificarse, que esa noche tenía que terminar de pintar un río con sauces llorones y en la orilla del río una canasta de pescador con cabezas de pescados muertos que asomaban por el borde. Era para llevarlo de regalo a un casamiento. “Vos ya resolviste tu vida”, le dijo Mele a Otilia con voz amarga, “yo todavía no”. “Y cómo querés conseguir marido con esa cara de estropajo que tenés”, le silbó Otilia mientras se iba.

Clark Gable no se alteró por el inconveniente. Trajo una botella de vermut y unas cositas para picar, y se rió y contó chistes hasta medianoche, sin advertir la cara de vinagre de Otilia. Cuando ya estaba bastante achispado le pasó un brazo por la cintura y se puso a cantar: Hueso nomás tenía mi novia, hueso nomás...

A las doce en punto se despertó el Mofle. Otilia le cambió los pañales, entre los gritos de admiración de su suegra y su cuñada, que no pudieron contenerse y pellizcaron las piernas del bebé. Entre tanto grito y manoseo el Mofle se puso a llorar más fuerte, de modo que cuando Otilia lo puso al pecho no podía agarrar el pezón. En medio de consejos dados a los gritos por las

visitas, lo pusieron boca arriba, boca abajo, de costado, le hicieron tragar infusión de manzanilla, lo abrigaron, lo desabrigaron, lo hicieron saltar en sus brazos y finalmente lo acostaron en la cama para que se desahogara. Cuando se durmió, tres cuartos de hora más tarde, la madre de Clark Gable ya había contado cómo sus hijos no lloraban nunca, porque ella sabía criarlos, y además vivían en una casa grande y no en una pieza de cuatro por cuatro como el Mofle.

Al día siguiente se volvieron a Entre Ríos. Otilia no fue al manicomio, pero faltó poco. Pasó la mañana en la cama, con un trapo mojado en la cabeza, y cuando Clark Gable volvió para almorzar tuvo que cambiarle los pañales al Mofle y hacerse unos mates. Menos mal que su madre ya no estaba para ver todo esto.

Si a usted le vienen ganas de orinar a la una de la mañana, y usted vive en una pieza alquilada que da a un patio con un baño al fondo, tendrá que abrigarse bien y largarse a la intemperie.

Si esto le pasa con frecuencia, incluso cuando llueve, y en general encuentra el baño ocupado, terminará por adoptar una solución menos elegante. En mi casa la llamaban redondamente escupidera.

La escupidera se coloca debajo de la cama (a los pies) y sólo debe usarse para orinar. Por la mañana se la lleva al baño para vaciarla y enjuagarla. Cada adulto lleva la suya (los matrimonios pueden tener una para los dos), y no es recomendable hacérsela llevar a la muchacha, porque ésas a veces se hacen las finas y lo dejan a uno plantado por una cosa así.

Si en la casa viven varios inquilinos, hay que echar un vistazo desde la puerta de la habitación y apurarse a llevarla cuando el patio está desierto.

Pero puede suceder que: 1) mientras usted atraviesa el patio alguien salga de su pieza y se cruce con usted o 2) en su apresuramiento usted mueva el recipiente, o tropiece y lo deje caer, y dé un espectáculo terrible.

En la casa donde Otilia y Clark Gable alquilaron una pieza en los primeros tiempos de su matrimonio vivía también Vicente, un zapatero remendón. Era un hombre ordenado. Todos los días limpiaba su pieza, se cebaba unos mates, caminaba una cuadra hasta el boliche donde estaba entre taco y media suela hasta la una, cerraba, se iba a almorzar a la fonda, siempre solo, regresaba al boliche donde trabajaba hasta las siete, cerraba y volvía a casa, se metía en su pieza con un paquete de pan y fiambre, y no se lo veía hasta la mañana siguiente. Mejor vecino, imposible.

Molestaba menos que un muerto.

Por la mañana se dirigía al baño común y si lo encontraba cerrado se volvía a su pieza, para hacer otro intento algo más tarde. En invierno iba al baño con sobretodo y bufanda, la toalla doblada sobre un brazo, el cepillo de dientes en la mano derecha y un gran balde gris colgando de la izquierda.

Otilia no tenía dudas sobre la función del balde. Le brillaban los ojos como a Sherlock Holmes mientras se lo contaba a la abuela. Mele las escuchaba, sonriendo, mientras daba los últimos toques a un óleo que representaba a una holandésita junto a una vaca, con un tulipán de distinto color a cada lado.

“Me vas a matar”, decía la abuela. “Vas a terminar con los pocos años de vida que me quedan.” Lo decía con voz ahogada, débil e intensa a la vez, y temblona, mientras ponía el puño sobre la mesa en una parodia de golpe porque, según ella decía, estaba tan arruinada, tan

terminada, que ni fuerzas para cerrar el puño le quedaban. Durante estas escenas se la veía encorvada, desgredada, con los ojos en blanco y ojeras violáceas.

Después de cada frase se quedaba como en un colapso, con el labio inferior colgante y temblando como una hoja.

Las frases empezaban en un tono bajo, casi murmurando, y hacían una escala ascendente hasta llegar a un máximo de altura en el comienzo de la última sílaba, cuya vocal prolongaba lo necesario para poder llegar, con el mismo ritmo, a una nota algo más grave que la del comienzo. O sea, escala ascendente:

“Me vas a matar”

y escala descendente:

“aaaaaaaaaaaaaaaaaar”

y enseguida, escala ascendente:

“Vas a terminar con los pocos años de vida que me que”

y escala descendente:

“daaaaaaaaaaaaaaaaaan”.

Las peleas que la abuela tenía con sus hijas eran diferentes de las que ellas tenían entre sí. Las fieras se peleaban de igual a igual, y ninguna parecía quedar menoscabada. Lo decían claramente: “Vos querés joderme, perra, víbora, pero no te voy a dar el gusto”. Eran mujeres jóvenes, vigorosas, que habían sido criadas a pecho por mi abuela misma, y alimentadas según el rito naturista-vitaminista-antiestreñimientista. La madre, en cambio, era vieja y estaba muy deteriorada por la existencia que había llevado (siempre sacrificándose para criar a las hijas).

Nunca supe cómo empezaban las peleas, porque no estaba presente (a las criaturas hay que ahorrarles escenas violentas). Me acercaba cuando los gritos atravesaban la puerta cerrada y llegaban al fondo del patio. Entonces iba a escuchar detrás de la puerta, o entraba directamente en la habitación, y nadie me llevaba el apunte. En ese momento los reproches ya se referían a cosas muy antiguas, y la abuela estaba recibiendo los últimos golpes fatales.

Los golpes eran casi siempre verbales; una sola vez vi cómo la abuela recibía un puñetazo en un brazo. Esperé verla caer fulminada, pero curiosamente, la abuela se sosegó con el golpe. Se levantó de su silla (siempre se peleaba sentada, debido a su extrema debilidad) y salió de la pieza frotándose el brazo.

Desde la primera pelea que recuerdo, durante la cual, como en todas, la abuela anunció que se moría, hasta su verdadera muerte, pasaron veinticinco años. Sólo en los últimos modificó ligeramente la técnica. Ya no amenazaba con morirse, pero pedía té, agarraba la taza con manos temblonas y se la volcaba íntegra por el escote. La hija tenía que ayudarla a cambiarse de ropa, para evitar un enfriamiento. O bien decía: “Bueno, Otilia, bueno, no te pongas así”. Evidente deseo de conciliación. Demostración de que la abuela se había cansado de la violencia y quería honestamente la paz. Lástima que la que se estaba peleando con ella no era Otilia, sino Amanda. La confusión con el nombre enfurecía todavía más a la hija. “¡Te hacés la idiota!”, le gritaba, “¡querés hacerme creer que no sabés quién soy, que me confundís con esa otra víbora!”.

Y así hasta que esa pobre madre terminó sus tristes días. Según ella, se hubiera merecido un final mejor.

Cuando la abuela era más joven, las cosas tenían más gusto. Los colores eran más vivos, las flores más perfumadas, la vida más tranquila y alegre. Todos se querían y se ayudaban, y cuando llegaba el Carnaval, todos se disfrazaban. La abuela y sus amigas, con trajes a cuál más lindo: una iba vestida de cobra, otra de yará, otra de zorra, otra de hormiga corrección.

Cómo terminó esa época, cómo se arregló el casamiento de la abuela con el rebelde vegetariano, comenzando de este modo una declinación constante a medida que llegaban las hijas y mi abuelo se volvía más y más teórico, es algo de lo que nadie tiene ganas de acordarse. Las fotos no dicen nada al respecto. En todas aparecen las cuatro chicas, en diferentes edades, con lazos en la cabeza y guirnalda de flores alrededor. Hay algunas de Otilia y Amanda, ya en plena época de buscar marido, cuando iban a visitar a los parientes de Entre Ríos, a ver qué tal andaba el pique por aquellos lados. Se las ve en algún paseo de Paraná, flacas y sonrientes, vestidas de marineras, como las de El Hogar en Punta del Este.

Mientras Otilia y Amanda estaban en Paraná, las primas de Paraná se venían para Buenos Aires. Pero las provincianas eran tan payucas, decía Amanda. Creían que ser linda consistía en ser “blanca, gorda y colorada”. Los muchachos del lugar se metían con una chinita tras otra y hasta se casaban con ellas, ¡habiendo tantas lindas chicas de la colectividad! Algunas de estas románticas desdeñadas tomaban una decisión extrema: se ponían la caña de pescar al hombro y se iban a Israel. Por allá parece que andaba mejor la cosa, porque cuando se le pedían noticias a la madre de la emigrada, generalmente contestaba: “Está muy bien. SE CASÓ...”, y mostraba las fotos en el kibutz, las del nieto recién nacido. La pobre madre lloraba mientras mostraba las fotos. Con suerte, se enfermaba de suficiente gravedad como para que su hija tuviera que volver con su familia.

Pero la operación era riesgosa. A Otilia y Amanda nunca se les pasó por la cabeza. A las que se iban a Israel, las admiraban profundamente.

“Son idealistas”, decían. “Además, aquí no tienen suerte, esas chicas.”

“Una chinusa sucia, ignorante, que es capaz de limpiarse el culo y después servirte la comida con las mismas manos.” Así pensaba la abuela de las sirvientas. Por eso nunca las tuvo en casa, y por otra parte no habría tenido con qué pagarles.

Sin embargo, cuando la casa de Donato Álvarez se fue al diablo a raíz de los casamientos de Otilia y Amanda y la muerte del abuelo, la abuela y Mele vinieron a vivir con nosotros y la abuela tuvo que entenderse con las muchachas. No las dejaba tocar las cosas de la cocina, y si eso ocurría por descuido, las lavaba con agua hirviendo antes de usarlas.

Decía que las muchachas tenían fuerza de caballo, de manera que ninguna cantidad de trabajo era excesivo para ellas. Se asombraba de que no duraran mucho tiempo.

Cuando sospechaba que robaban, las mandaba a comprar algo, y en su ausencia les revisaba la pieza. Recuerdo lo que una de esas muchachas había guardado en una valija que la abuela abrió mientras ella hacía la compra consabida: un paquetito de azúcar, otro de yerba, otro de harina de maíz, otro con un par de zanahorias. La muchacha se llevaba esa valija cuando salía por el fin de semana. Mi abuela se encargó de ejecutar el despido, y se comentó el caso en familia. Después de despacharse contra “estas chinusas de mierda”, Otilia recordó que la que acababan de echar tenía dos criaturas chicas, que se las criaba la abuela. “Y bueno, che”, comentó, “robaba para los hijos”. A la abuela le dio uno de sus ataques de risa. Era una sentimental, esta Otilia.

A las muchachas se les daba bien de comer, eso sí, por temor a que se volvieran tuberculosas,

“un peligro”, para nosotros. A las que tosían se las despedía con cualquier pretexto.

Dormían en una piecita al fondo del patio, convenientemente separada del resto de la casa. Para ir a su baño, que medía uno por uno, con un agujero en un escalón de mármol y una ducha de agua fría que no andaba, tenían que pasar por el patio. Cada tanto la abuela entraba en el baño conteniendo el aliento, con una botella de desinfectante, y lo rociaba de manera que el olor se sentía hasta en la calle.

A la hora de la siesta, cuando aflojaba el control, yo me escapaba a la pieza de la muchacha. Nos sentábamos en la cama y charlábamos. Ellas me mostraban las cosas que tenían: collares de cuentas, estampitas y medallas, fotos con un conscripto en el Rosedal, perfumes violentos, el rouge, el rimmel, la caja de polvo para la cara. En la pared, a cada lado del espejo, estaba la foto de Gardel y una estampita de la Virgen atravesada por una espiga.

Cuando llovía, esos ratos eran todavía más encantadores. La piecita parecía más alejada del resto de la casa. Comíamos factura de un paquete comprado por la misma muchacha (en casa no se les daban esos lujos), y hablábamos de sus novios, de los familiares que estaban lejos, en el campo. Había una que no sabía —¡no sabía!— cuántos hermanitos tenía. Con lo cual quedaba más o menos eximida de decir si los quería.

En el piso de la habitación que ocuparon la abuela y Mele había una entrada, ahora clausurada, que llevaba a un sótano. Cerca de esa entrada yo leía el Viaje al centro de la Tierra, recostada en la cama de la abuela. Los expedicionarios bajaban a las entrañas del planeta por el cráter de un volcán apagado. No me impresionaba el viaje ni el peligro, ni las profundidades desconocidas donde se metían los protagonistas. Pero sí la evidencia de que en el centro de la Tierra había un habitante, o tal vez varios, de quienes los exploradores sólo alcanzaban a ver la sombra.

Entonces entraba la abuela con la leche.

Mientras yo la tomaba tenía que oírla hablar de cuánto bien me hacía la leche, de cómo me volvía indestructible, eterna, tomando dos tazas de leche por día. Otras veces eran unas verduras hervidas con las que podía volverme caballo. “A ver, vos que sos una chica inteligente”, empezaba la abuela, mientras cazaba una espinacas chorreantes con el tenedor para “ayudarme”. “Vos que ya sos grande y entendés todo, decime: ¿Por qué el caballo puede arrastrar un carro pesadísimo, lleno de troncos de árbol?” “Porque es un animal muy fuerte”, contestaba yo, mientras desde el fondo del sótano el misterioso habitante me hacía pito catalán. “Entonces”, seguía la abuela, “¿cómo vas a ser vos si comés mucha verdura como el caballo?”. “Voy a ser un caballo”, contestaba yo distraídamente. Sócrates se enojaba. “Te hacés la tonta”, decía, “pero mirá cómo se criaron los hijos de tu abuela paterna, por no comer lo que tiene que comer un chico: todos débiles y enfermos”.

Entre los hijos de mi abuela paterna estaba, naturalmente, mi padre. Su muerte prematura fortaleció las convicciones de mi abuela sobre las deficiencias de su alimentación infantil. No se animó a decir enseguida: “¡Yo te dije!”. Por delicadeza. Pero al cabo de un tiempo volvió sobre el asunto. Yo tenía que comer porciones dobles de verdura y otros alimentos portadores de eternidad, porque sólo una mitad de mi persona, la que provenía de la rama materna, era sana, fuerte e inmortal. La otra, la paterna, era débil, proclive a todas las enfermedades y amenazada de muerte.

Y si no, que comparara a las fieras, listas para devorarse entre sí o a cualquiera que se cruzara en su camino, con los frágiles tíos paternos: un asmático en su estuche de cristal, una hepática con cara de limón —con perdón del limón—, otra con presión alta, que cualquier día se nos iba, como mi pobre padre.

Yo pensaba, comparaba, volvía a pensar, volvía a comparar, y hasta el día de hoy nunca supe con cuál mitad quedarme.

A los abuelos paternos los llamábamos por el nombre, para distinguirlos de los otros. La abuela Ana no se sonreía nunca, a diferencia de la otra que se sonreía siempre. Cuando estaban juntas, en alguna reunión familiar, parecían Las Dos Carátulas, el Teatro de la Humanidad.

El abuelo José se sonreía poco y nada. Los tíos me hacían preguntas, se reían con mis respuestas, y cuando se me agotaba el ingenio me mandaban a jugar al jardín. Yo salía por una ventana, y me descolgaba en un yuyal lleno de bichos colorados. Un día, en vez de deslizarme cuidadosamente, me paré en el alféizar y salté. El abuelo José, que estaba en el jardín mirando una cosa, empezó a gritar: “¡Spina dorrsal! ¡Spina dorrsal!”. Los tíos salieron corriendo a ver qué pasaba, y me explicaron que el abuelo estaba muy enojado porque yo podía haberme roto la columna vertebral. Me hicieron jurar que nunca más saltaría desde ninguna altura.

Lo habría cumplido, si no me hubiera puesto a mirar las cenizas el domingo siguiente, en ese mismo jardín. Habían hecho un asado. Se comió y se tomó vino, en medio de un gran barullo. Después todos entraron en la casa a descansar. Yo me quedé mirando un montón de ceniza gris que había en el lugar del asado. De pronto miré para arriba y vi que se había acercado uno de los tíos. Tenía una terrible tos asmática que empeoraba al llegar la primavera. Entonces se encerraba en una cámara de vidrio especial, donde no podía entrar el polen. “¿Y? ¿qué tal?”, me preguntó, “¿vas a saltar otra vez?”. Miré el hoyo con las cenizas. “Esto no es tan alto”, dije. El tío me miró, serio, y le empezó a silbar el pecho. “A que no saltás”, dijo.

Un minuto después yo estaba en el vestíbulo, con un montón de gente gritando a mi alrededor, que quería saber por qué había saltado yo sobre las cenizas calientes. El asmático también me lo preguntaba.

Pasé el resto de la tarde con los pies metidos en una palangana con óleo calcáreo, leyendo revistas de historietas.

Al atardecer la casa volvió a animarse. Nos sentamos en el porche y las tías sirvieron jarabe de rosa mosqueta con soda. Las rosas del jarabe crecían como enredaderas por las paredes de la casa. Para los carnavales, se podían usar como disfraz. “¿De qué me puedo disfrazar?” “De mosqueta.” “¿Y cómo es el disfraz de mosqueta?” “Con el culo al aire y sin careta.”

Lo que sé de la vida de la familia de papá en las colonias judías entrerrianas me lo contó mi abuela materna, quien, sin mala intención, puede haber deformado un tanto los hechos.

Dice ella que la familia vivía en medio del campo. Un barco había traído a los abuelos de Rusia por el año noventa, o antes. Los migrantes viajaban amontonados, como animales, y había poca agua potable; tenían que sorberla por una especie de chupete conectado con un tonel. No sé en qué forma los transportaron desde el barco hasta el medio del campo.

Allí los abuelos se miraron, y viendo que no eran abuelos, ni siquiera padres, se apuraron a casarse para terminar con ese asunto. O tal vez ya se habían casado en Rusia; este punto no está

muy claro. Enseguida empezaron a nacer los tíos.

Lamentablemente, el abuelo José no era hombre de campo. Era maestro: se dedicaba a meditar y a enseñar a los hijos la historia y la religión de pueblo hebreo; la abuela Ana, en cambio, se volvió gaucha judía. Hacía todo el trabajo y paría chicos continuamente y los alimentaba con fideítos con leche hasta los quince años. Cuando crecían, se iban, y algunos no volvían más, como mi padre, que sólo volvió a reunirse con su familia cuando todos se trasladaron a Buenos Aires.

Desde una ventana de la casa de Saavedra, papá veía llegar a una de sus hermanas de una clase de inglés, todos los martes y viernes a la misma hora, con una compañera (mamá). Aquí viene un período oscuro, donde se ubican el casamiento de mamá y papá y mi vida intrauterina, y mi nacimiento en la maternidad del hospital Rivadavia.

Soy, por lo tanto, el resultado de muchos trajines y afanes: trasplantes, desarraigos, matrimonios que no se sabe si se hicieron aquí o en Rusia, peleas que no se sabe por qué empezaban, dietas alimenticias equivocadas, lecturas de Torah, y la religión es el opio de los pueblos.

Lo cual no impidió que una tarde de verano, cuando todavía no había aprendido a caminar, estuviera sentada en la Costanera, a la sombra de la capelina de mamá, dando de comer a las palomas. Nos tomaron una fotografía.

Todo tiene un color lechoso: los brazos de mamá, su capelina, mi vestido, las palomas. Seguro que cuando se puso el sol dejamos atrás el río y tomamos un tranvía que nos llevó a casa, a través de las luces de Buenos Aires.

Parte II

En el tren también me preguntaron si lo quería, y contesté que sí, como me habían enseñado. Lo llevaban en brazos y a veces lloraba, pero qué me importaba si yo iba sentada del lado de la ventanilla mirando el campo y las vacas.

Cuando llegamos al hotel le cambiaron los pañales y lo sentaron en el cochecito. Después desapareció. Ellos me dejaron en la arena con mis moldes para hacer formas, y también desaparecieron. Los otros que jugaban allí eran más grandes, y agarraban mis moldes. “Son míos”, dije. Pero los otros dijeron: “Los necesitamos”, y no me devolvían los moldes aunque yo dijera: “Son míos”. El tiempo andaba muy despacito mientras yo esperaba que me vinieran a buscar.

Los otros se rieron de la forma en que yo me sentaba en la arena, porque se me veía la bombacha. Decían que estaba tomando una fotografía.

“Foto Rembrandt”, me decían, y se morían de risa. Hacían muchas formas de arena con mis moldes, que los habían agarrado todos, porque los necesitaban, y yo no hacía ninguna porque no tenía con qué, pero traté de sentarme con las piernas bien juntas para que no me dijeran “Foto Rembrandt”. Cuando ellos vinieron a buscarme me devolvieron los moldes enseguida. Uno me levantó la cara por el mentón y dijo: “Qué rica”. Ya no podía hacer formas en la arena porque nos teníamos que ir.

También paseamos por un camino. Él iba en su cochecito y no se le veía la cara. Yo iba más atrás, con mis moldes para la arena en una valijita, pero allí no había arena.

Como yo ya sabía leer y escribir pasaba mucho tiempo sentada en el banco sin hacer nada. La tapa del pupitre tenía demasiado declive y el lápiz rodaba al suelo a cada momento. La maestra daba miedo: era más alta que el pizarrón. Daba tanto miedo que una niña se cagó en clase.

“Niña González”, dijo la maestra, “pase al frente con su libro de lectura”. La niña González era flaquita, usaba anteojos con vidrios gruesos y tenía el pelo muy estirado, atado con un moño en lo alto de la cabeza. Se paró frente a la clase con el libro abierto, y no dijo nada.

“Lea”, le dijo la maestra. La niña González no leía. Ni siquiera miraba el libro. Miraba algo al fondo de la clase. No sé qué miraba, porque la maestra no nos dejaba darnos vuelta. Además teníamos que estar con los brazos cruzados, y así es muy difícil darse vuelta.

“Niña González, ¿qué le pasa?”, siguió la maestra, “¿por qué no lee?”. Entonces González, de pálida que estaba, se puso roja, y se cagó. Tenía diarrea, así que largaba chorros de caca líquida color mostaza para todas partes, sin soltar el libro de lectura, y sin dejar de mirar eso al fondo de

la clase. La maestra se levantó, la agarró de un brazo y la llevó para afuera, y enseguida entró don Manuel con el balde y el trapo de piso.

Como ingresé a mitad de año, me llamaban “la nueva”. Además de nueva era petisa, así que me convertí en una especie de mascota. Parece que eso no me gustaba, por la cara que tengo en la fotografía que nos tomaron en el patio cuando estaba por terminar el año. Lo único que me gustaba era la clase de música. Nos parábamos de a cuatro en el fondo del salón de música, con puerta y ventana cerradas para no molestar al resto de la escuela. Como había poco aire, una vez una niña se sintió mal de repente y, mientras cantábamos “Gloriosa enseña de la patria mía”, se inclinó un poco hacia adelante y me vomitó en la nuca.

Don Manuel me tuvo que llevar a casa a las diez de la mañana, y más rabia me dio porque no era culpa mía.

Cuando las miraba caminar por el patio, del brazo, hablando en voz baja, me parecían mujeres grandes, con tetas, cintura y caderas.

Hablábamos de la hostia pinchada. Yo medio escuchaba y medio las miraba pasar. Ellas casi ni me miraban. A veces se inclinaban desde sus alturas, me levantaban la cara por el mentón y decían: “Mirá qué rica”. Seguíamos hablando de la hostia pinchada.

A cada lado del altar mayor hay una puertita. Por ahí entran los sacerdotes que dicen la misa y los monaguillos que los ayudan. ¿Adónde dan esas puertitas? ¿Al campo? No dan al campo. Dan a una pieza medio vacía, con una mesa de amasar en el medio y un horno al costado.

Ellas seguían pasando, de a dos, de a tres, hablando de cosas misteriosas.

Antes de tirar el pan le doy cuatro besos, haciendo la señal de la cruz. Porque el pan es el cuerpo de Dios. Cualquier pan: una hostia, un pan francés, una flauta, un pebete, un pan de fonda, un pan negro. Así que no se tira el pan sin besarlo, porque Dios te va a castigar. Ahora hablemos de la hostia pinchada.

Son grandes, opresivas, asfixiantes. Sus cuerpos tapan el horizonte. Cuando me rodean no veo nada más allá de ellas; no sé dónde está mi aula, ni la Dirección, ni el surtidor de agua.

El chico entró en la pieza medio vacía que hay detrás del altar mayor. No tenía permiso pero igual entró porque lo tentó el demonio. El demonio le dijo: “Andá a ver cómo son las hostias que tragas sin mirar, y sin masticar”. El chico sabía que no debe ser curioso, que la curiosidad es un pecado.

“¿Qué te parece, vestida de negrita? Para el cuadro de Buenos Aires colonial”, dijo la suplente de cuarto que tenía el mismo tamaño que las chicas de sexto. “Perfecta”, dijo la señorita de música mientras me levantaba la cara por el mentón. Otra vez me iban a pintar la cara con el corcho quemado. Ahora sigamos con la hostia pinchada.

El chico entró en la pieza con un alfiler en la mano, y fue derecho a la mesa en donde estaban todas las hostias listas para la misa del día siguiente. Agarró una y la pinchó varias veces con el alfiler. ¡Varias veces la pinchó! y la habitación se llenó de sangre. Porque la hostia es el cuerpo del Señor, y el que vaya a pincharla mejor que sepa nadar, o se ahogará en la sangre de Nuestro Señor Jesucristo, amén, no tires el pan sin besarlo.

¿Y para qué quería pinchar la hostia? Y qué sé yo. Pero cómo salió tanta sangre de una sola hostia. Dios puede hacer cualquier cosa. Era sangre líquida, roja. ¿Después se fue? ¿Qué hicieron con toda la sangre del Señor? Ahora silencio, niña, que ha tocado la campana. La maestra de

cuarto se peleó con la de inferior y la agarró de los pelos: cómo puede ser si la de inferior tiene el pelo cortado a la garçon y se peina con gomina.

La de cuarto coge con el portero. ¿Coge? ¿Qué es eso? ¡No sabe! ¡No sabe lo que es eso! ¿Se fue la sangre? ¿Y para qué quería pinchar la hostia?

Nunca se supo muy bien por qué Mele no trabajaba. Siempre fue una joven soltera que cultivaba la pintura y nunca ganaba un centavo. Un novio que tuvo en épocas remotas la dejó plantada, y tardó en reponerse del desengaño. Practicaba esgrima en un club del barrio. Los demás esgrimistas no le llevaban el apunte una vez que terminaban los combates. Mele colgaba el florete, la pechera y la careta en el vestuario, y se iba a hacer sociedad con las bibliotecarias del club, dos mujeres esqueléticas con anteojos que eran muy, muy buenas. Casi no entraban hombres en la biblioteca. Solamente el pianista que acompañaba las clases de gimnasia, siempre con la misma música —el vals “Lágrimas y sonrisas”, ejecutado con diferentes ritmos para adecuarlo al de los ejercicios—, y a veces un adolescente lleno de granos que leía todas las novelas de Emilio Zola. A mí no me dejaban retirar libros, porque no eran para niños. Las bibliotecarias buscaban afanosamente algo que fuera adecuado para mi edad, pero sólo encontraban uno: la biografía de Erasmo de Rotterdam.

Después de años de club sin ningún resultado, y pensando que ya se quedaba soltera, Mele se compró una máquina de tejer. Era un aparato enorme, muy feo y de difícil manejo. Mele logró arrancarle tres prendas, una de color borraño, otra de color zanahoria y otra verde botella.

Entonces en casa no se usaban colores: estábamos de luto por la muerte de papá. Las prendas fueron obsequiadas a una gente que nos hospedó para unas vacaciones en el campo.

El tal campo estaba en un lugar impreciso, cerca de la provincia de La Pampa. Después de un viaje interminable el tren nos dejó en un pueblo desolado, donde nos esperaba un hombre en un carro con caballos (hombre, carro y caballos todos muy viejos) que nos llevó, en medio de una nube de polvo, al culo del mundo.

La dueña de casa era otra de las cuñadas de Amanda. No tenía pronunciación especial de la ere, ni de ningún otro sonido. Sencillamente no hablaba. Trabajaba todo el día como una bestia, ayudada por sus cuatro chicas, que eran rubias y ariscas. Todas las mañanas sacudían los colchones de plumas traídos de Rusia hasta dejarlos altos y combados, de modo que era una delicia tirarse de cabeza en ellos. Las paredes estaban increíblemente cubiertas de moscas. Pero en cuanto uno pasaba la puerta se acababan las moscas y empezaba el campo. Gallinas por acá, chanchos por allá. Don Moishe sembrando maíz a la derecha, y a la izquierda el peoncito rascándose. El chico no servía para nada, pero se había criado en la casa y era como de la familia.

El vecino más cercano vivía a veinte cuerdas de distancia. De vez en cuando íbamos en sulky a visitarlo. Después de la primera visita yo dije que no quería ir más, porque allí también había gallinas, chanchos, moscas, colchones de plumas y chicos ariscos que no querían jugar a nada. Pero no me dejaban quedarme sola en la casa con el peoncito porque mamá dijo que podía ser peligroso. Así que tuve que tragarme las visitas. Como era época de seca, no se hablaba más que de la seca, de cómo no quería llover, de cómo sufrían personas y animales, y qué triste era todo, carajo.

Todos se acostaban a la hora de la siesta, pero a mí no podían obligarme. Yo salía al campo,

con un sol rajante. Levantaba pollitos y patitos del suelo, los apretaba un poco y los dejaba caer desde cierta altura. En general sobrevivían, pero algunos quedaban medio estúpidos y caminaban mal. Si es que llegaron a grandes, tal vez se hayan convertido en patos y gallinas defectuosos. No tuve oportunidad de comprobarlo, porque al cabo de un mes nos volvimos a Buenos Aires. Como decía Mele, ojos que no ven, corazón que no siente, y ustedes, compasivos con los animales, dedíquense a ver la viga en el propio.

Me acercaba al chiquero, miraba a los chanchos que se revolcaban en el barro y les tiraba mazorcas amarillas que se sacaban de una batea.

Nunca les parecían bastantes. Si algunas les daban en la cabeza no era por casualidad.

Cerca del chiquero estaba el baño. Era imposible diferenciar el olor del chiquero del olor del pozo ciego. En cuclillas sobre el agujero en el escalón de madera, se pensaba en cosas profundas. En la profundidad del pozo, en su terrible contenido, en las historias de chicos que se habían caído en ese pozo, en los chanchos, en el campo, en la peligrosidad del peoncito.

El viaje de regreso parecía más largo que el de ida. Tuvimos que hacer un transbordo en Carhué. Como había una hora de espera dimos una vuelta por la ciudad. Eran las dos de la tarde; las calles estaban desiertas y los negocios cerrados. Nos paramos a mirar confites descoloridos y bizcochos añejos en la vidriera de una panadería que se llamaba “La Verdad”. Volvimos a la estación a esperar el tren. El tiempo volvió a andar, aunque muy despacio, con el primer aullido de la locomotora que se acercaba.

Por su triste condición de familiares políticos, los hermanos de papá eran mal vistos por las fieras. Mientras papá vivió, todo esto estuvo disimulado bajo una delgada capa de cortesías, conversaciones sobre bueyes perdidos y multitud de disculpas y explicaciones por cualquier idiotez. Después de su muerte, las relaciones entre las dos familias se hicieron muy difíciles. Los peores saetazos se cruzaban, como siempre, entre las mujeres. Los hombres permanecían algo apartados, sonrientes.

Uno de los hermanos de papá era bueno. Lo llamaban Tártaro. Lo mismo que el asmático, Tártaro se dedicaba a vender ropa a domicilio, a largos plazos. Me regaló toda la colección de Julio Verne. Se reía con una risa blanda, algo aflautada. Se alegraba por todo, incluso por las cosas tristes de las que nadie se alegra.

Otro hermano de papá era inteligente. Usaba mucho el diccionario, hacía vaticinios sobre la situación en Europa, y en la familia nadie tomaba una determinación financiera sin consultarlo. Su mujer era rubia (oxigenada, che, según las fieras), y tenía un juego de frascos con cintas sobre el tocador. Le gustaba pintarse mucho (puro revoque, che). Era tan cortés que se ocupaba de terminar ella misma las frases que empezaban a decir los demás, para ahorrarles trabajo. Esperaba con la boca abierta que uno llegara a la mitad de la frase, y la terminaba como le parecía, con tanto entusiasmo que nadie la corregía si su versión no coincidía con la que uno tenía pensada. En su casa había un clima alegre, algo confuso. Su hijito siempre estaba resfriado y tenía una adicción a las gotas nasales. No dejaba que nadie tocara su colección de frasquitos con goteros, y en su cuarto flotaba un espeso olor a gomenol.

Otro hermano de papá era chico. Ya se había recibido de escribano y estaba de novio para casarse con una gorda que usaba vestidos de gasa color celeste. Pero el tío Chico era el menor de la familia y sus hermanos seguían pellizcándole las mejillas para saludarlo, poniéndole caramelos

en la boca y recordándole que hiciera pis antes de salir, para que después no le vinieran ganas en la calle. La tía bibliotecaria solía hacerlo sentar sobre sus rodillas y saltar al compás de “Hico, caballito”. Esta escena hacía reventar de risa a todo el mundo, menos a la novia del tío Chico. La tía hepática se agarraba el hígado con las dos manos, el asmático iba al baño para no ahogarse, el tío inteligente buscaba definiciones cómicas en el diccionario, la tía oxigenada terminaba todas las carcajadas y le ponía gotas nasales de colores a su nene, la novia del tío Chico proyectaba emigrar con ella Australia, y todo era alegría, paz y felicidad.

Después del noviazgo reglamentario el tío Chico se casó con la gorda. De acuerdo con la usanza de la época, tenía que desvirgarla la noche misma de la boda, en una habitación del hotel. Según me habían explicado mis compañeras de colegio, no bien los recién casados llegaban a la habitación del hotel la novia se encerraba en el baño, donde se desvestía y se ponía un camisón elegido para el caso. Entre tanto el novio se desvestía a su vez, lo más rápido posible, y se metía en su pijama, para que no fuera a suceder que, al salir del baño, la novia lo encontrara desnudo.

Al verla, el novio perdía toda su timidez y cortesía y se convertía en una verdadera bestia: se arrancaba el pijama, le arrancaba el camisón a la novia, la arrojaba sobre la cama y se lanzaba sobre ella echando espuma por la boca. La víctima daba gritos desgarradores y había gran derramamiento de sangre, que a la mañana siguiente había que eliminar de las sábanas y el colchón para no hacer papelones con las mucamas.

Antes del casamiento, ninguna mujer que tuviera dos dedos de frente se dejaba hacer nada por su novio. La que se dejaba, decían las fieras, era una estúpida, ya que en esa forma perdía lo único que un hombre valora en una mujer: el corchito. La estúpida que se lo dejaba sacar antes de tiempo terminaba insultada y abandonada, no le quedaba otro camino que hacerse puta.

Para ilustrar estos conceptos, cuando estuve en edad, mamá puso en mis manos una nutrida bibliografía. Eran libros que habían estado en boga en su juventud, en los albores de la educación sexual. En uno de ellos decía:

En el hombre, el ejercicio de las funciones sexuales se reduce a la satisfacción de una necesidad orgánica que se revela por las imperiosas exigencias del instinto de propagación, con sus sentimientos anexos, y a un fenómeno complejo de secreción y excreción que tiene lugar en condiciones especiales.

En la mujer puede más el sentimiento que el instinto reproductor, más el amor que los deseos; el hombre solicita, la mujer acepta (si es estúpida, che, acotaban las fieras), predominando en ella las ilusiones de la vida matrimonial y los halagos inherentes a los deberes de la maternidad.

Dr. Francisco Otero, Higiene general,
Buenos Aires, 1919.

Había mujeres, decían las fieras, a quienes les gustaba eso. Eran unas locas de mierda, buscaban a los hombres sin distinción de estado civil, y eran un peligro constante para los hogares decentes. Entre estas mujeres que “no tenían nada que perder” figuraban las actrices, las bailarinas, las enfermeras, las mucamas y las empleadas de Correos. Entre las decentes figuraban las maestras, las farmacéuticas, las bibliotecarias y las amas de casa con hijitos, salvo, por supuesto, algún raro desvío en uno u otro caso.

Con respecto a otras efusiones prematrimoniales, había unas lindas charlas escritas por un cura progresista, menos teóricas que las del doctor Otero. Venían en forma dialogada:

Pregunta: ¿Se puede darle un beso al novio?

Respuesta: Se puede.

P.: ¿Se puede darle un beso en la boca un poco largo?

R.: Se puede. Lo que no se puede es seguir y seguir con el beso, otras caricias y abrazos, porque eso es prelude de algo que vendrá después, con el matrimonio.

Católicos como este autor, científicos como el doctor Otero, judías tradicionales como las hermanas de papá, judías medio renegadas como las fieras, todos coincidían en un punto: había que cuidar el corchito. En general y en particular, no había que ser estúpida, che.

Después del matrimonio sí se podía hacer lo que una quisiera, e incluso buscar placer, siguiendo las instrucciones de un manual llamado El matrimonio perfecto. Se entendía y se recordaba a cada paso que las prácticas sugeridas eran para ser seguidas por esposos legalmente unidos:

“El marido debe masajear el clítoris de su esposa”, etcétera.

NO MOLESTE

En el verano que siguió a la muerte de papá, fuimos mucho a la casa de Saavedra. Nos sentábamos en el porche, y tomábamos jarabe de rosa mosqueta con soda. La abuela Ana estaba cada vez más blanca y consumida. Entre mis idas y venidas por el yuyal, yo oía pedazos de conversaciones tristes. “No puede ser”, decía la abuela Ana; “en algo, en algo hay que creer”. “Bueno, está bien”, dijo mamá, “no debería haber hablado de esto delante de usted”.

Pero lo había dicho. Había dicho que papá no estaba en ninguna parte, que los muertos no están en ninguna parte. Sólo los viejos y los chicos pueden creer que están en una estrella, o alguna otra pavada por el estilo. Se quedaron todos callados, sin mirarse. Uno de los tíos vio que yo estaba allí, abrazada, a una columna del porche, y me llevó de la mano al escritorio, un lugar de la casa que habitualmente me estaba prohibido. Me hizo sentar en un sillón giratorio, y abrió un cajón para que yo sacara lo que quisiese.

Tenía un tesoro a mi disposición: lápices, lapiceras, gomas, cortaplumas, secantes, pisapapeles, llaves en desuso, sellos de goma. Apreté uno sobre la almohadilla y después sobre un papel. Decía:

Lo estampé varias veces. Cuando me vinieron a buscar ya habían salido las estrellas. Del jardín vecino llegaba un vientecito de jazmines. En la casa de Saavedra, como en la de Donato Álvarez, los perfumes venían del jardín de al lado.

Después de la muerte de papá, Otilia, Clark Gable y el Mofle vinieron a vivir a casa. El Mofle ya tenía dos o tres años, recorría incansablemente el patio montado en un palo de escoba, comía revoque de las paredes y tierra de las macetas. Mi hermano, algo mayor, lo instruía sobre las cosas de la vida. Se sentaban los dos en el patio, y hablaban largamente. Un día hablaron de dar palos en la cabeza. De lo que le pasa a alguien que recibe un palo en la cabeza.

“Se queda quieto. Está desmayado”, decía mi hermano.

“¿Qué quiere decir ‘desmayado’?”, averiguaba el Mofle.

Mi hermano adquiría un aire profesoral. “Desmayado quiere decir quieto, tirado en el suelo con los ojos cerrados, como dormido. No ve, no oye nada, no sabe lo que pasa.”

El Mofle escuchaba, concentrado, mientras ahondaba un agujero en la pared de donde obtenía su revoque.

En el otro extremo del patio, en las calendas de julio, yo bajaba con los expedicionarios por el cráter del volcán apagado. La abuela se asomó a echar un vistazo, vio todo tranquilo y se volvió a la cocina a revolver sus bazofias. En el momento en que atisbábamos la sombra del misterioso habitante subterráneo, me pareció que se me había caído el techo en la cabeza. No me desmayé pero faltó poco. Parado frente a mí, observándome atentamente, estaba el Mofle con el palo en la mano.

Quedó defraudado. No sólo no vio cómo era un desmayo, sino que tuvo que pasar todo el día en la pieza para que no lo desmayaran a él.

A todo esto Otilia empezó a tener más y más barriga. Escuché pedazos de conversaciones que no me dejaron lugar a dudas. Durante el embarazo arreciaron las peleas entre Otilia y mamá. A los insultos acostumbrados, mamá agregó uno nuevo: vaca. Pero Otilia no era una vaca mansa, como la que aparecía cada tanto en la página central del Billiken, con su ternero al lado y un friso de queso, manteca, crema y otros productos lácteos alrededor. Era una vaca salvaje, con ojos de hiena y lengua de reptil venenoso.

En una sala del hospital Rawson, con dos hileras de camas que proseguían hasta el infinito, vi por primera vez a la hermana del Mofle. Estaba en una cuna tapada con un tul, a los pies de la cama de Otilia. A los pies de cada cama había una cuna. Otilia nos mostró una que estaba vacía. El bebé se había muerto al nacer. La madre estaba medio sentada, apoyada sobre un codo, mirando lentamente a su alrededor.

Pocos días después Otilia volvió a casa con la nena. Como hacía mucho calor la dejaban en el patio, en su cochecito. Yo me encargaba de protegerla de los pelotazos y los experimentos de los chicos. Ya había oído al Mofle preguntarle a mi hermano qué sucedería si la ponían en el suelo para que caminara.

La convivencia se volvió terrible. El desorden, las peleas, el calor, el llanto de la nena, convertían la casa en un infierno. Clark Gable, sin perder el buen humor, se abocaba a fondo a mejorar su situación. Un día se fueron todos: Otilia, Clark Gable y los dos chicos. Disminuyeron el ruido y el desorden, y se pudo apreciar mejor en qué estado de vejez y abandono se encontraba la casa.

“Hacete la estúpida”, me enseñaba Otilia, “cambiá de tema”. Para que yo entendiera mejor, ilustró el asunto contándome una conversación con una vecina. Era en el mes de diciembre, y había mucho movimiento en la feria por la proximidad de las fiestas. “Hay que hacer las compras con tiempo”, comentó la vecina, “porque a último momento es un loquero”. “Ya lo creo”, contestó Otilia, poniéndose en guardia. La vecina se largó:

“Ustedes, ¿festejan la Navidad?”. “No”, dijo Otilia. “¿De qué religión son?” “No somos religiosos”, dijo Otilia, que no era estúpida. “Pero sus padres, sus abuelos, ¿de qué religión eran?” Otilia decidió cortar por lo sano: “No tenían. No eran de ninguna religión. Vea, disculpe, pero tengo algo en el fuego”. Y la dejó plantada.

Esta actitud no concordaba con la de mis tías paternas, que decían que yo a nadie debía ocultar que era judía, y más bien debía mostrarlo todo el tiempo llevando sobre el pecho una cadenita con la estrella de David.

El asunto me ponía en conflicto. Durante una explicación sobre cristianos y judíos, la maestra de quinto pidió que todas las niñas que fuesen judías levantaran la mano.

Varias lo hicieron, tan mansamente como cuando pedía que levantaran la mano las que habían terminado de resolver un problema. Mis dos manos quedaron sobre el pupitre. Sentí sobre la nuca la mirada sorprendida de la abuela Ana, la de la bisabuela que me había regalado el frasco de dulce y la del mismo Rey David. También la de mis compañeras judías, diestras en detectar el origen por el apellido. Pero también percibí la mirada satisfecha de las fieras. Yo estaba aprendiendo a no ser estúpida, haciéndome la estúpida.

Una vez que la maestra terminó de recorrer las caras de las que habían levantado la mano, les dio permiso para bajarla y continuó con la explicación. Dijo que los judíos todavía estaban pagando un crimen cometido hacía dos mil años: el de haber matado a Jesús. Prueba de ello era la cantidad de judíos que morían en la guerra. (¡Pobres!, agregó.) El castigo terminaría cuando todos los judíos se convirtieran al cristianismo y recibieran a Jesús, quien era, dijo, infinitamente misericordioso. En ese punto tocó la campana y salimos al recreo, no sin que antes la maestra nos reclamara la plata de la Cooperadora.

Una vez casadas con judíos tradicionales, las fieras fueron cambiando la orientación de su pensamiento. Terminaron por convertirse en judías confesas y orgullosas y, a medida que mejoraba su estatus económico, se fueron acercando a entidades sociales, deportivas y de beneficencia de la colectividad, compitiendo a más y mejor en materia de vestimenta, joyas, artículos para el hogar, médicos dietistas y veraneos en las playas con las otras señoras de esas instituciones. “Tiene una cara de rusa que voltea”, decía Otilia de una de ellas. “Pero me invitó un montón de veces a su casa, así que esta noche los invito yo. No hay que ser estúpida”, sentenciaba. “Al fin y al cabo, lo mejor es estar con gente de la colectividad.

Cuando hablan de una, por lo menos no van a pensar: ‘Tiene una cara de rusa que voltea’.”

Mamá dijo que ella, la abuela y las otras fieras iban a ser internadas en el manicomio. Mamá lo gritó en el medio del patio, agarrándose la cabeza con las dos manos. Mele volvió a decir que sí, que todas iban a ir a parar al manicomio. Allí andarían cada una por su lado, sin reconocerse, gesticulando, hablando solas, recomenzando eternamente la misma pelea.

De pronto me di cuenta de que me había quedado sola en el patio. Por las aberturas de las persianas espíe a mamá y a Mele en sus piezas.

Estaban tiradas en la cama, envueltas en batones descoloridos, mirando el techo.

Sonó el timbre de la puerta de calle. Era una prima de mamá que caía de visita. Mientras mamá y Mele se vestían para recibirla, yo saqué sillas al patio y le di charla.

Mamá y Mele le preguntaron por todas las Doras y todos los Leones de la familia. La prima preguntó si sabíamos lo que le había pasado a la hija de León el de la relojería. Se hizo un silencio, me miraron y me mandaron a mi pieza. Sentada en el suelo, detrás de la persiana, escuché cómodamente el resto de la conversación. A la hija de León el de la relojería la habían internado en el manicomio. “¿Loca?”, preguntaba Mele.

“Loca”, decía la prima. Los detalles no dejaban lugar a dudas: la chica había salido desnuda a la calle. Allí la había detenido un vigilante, y como final de la historia la habían encerrado en el manicomio.

Yo me fui tranquilizando. La verdadera loca estaba encerrada. Mamá y Mele hablaban del

asunto con la prima, entre apenadas y escandalizadas, como se habla de cosas que nunca pueden tocarle a uno. Mientras esperaba que me dieran permiso para volver al patio, yo pensaba: “Loca. La hija de León el de la relojería se volvió loca: salió desnuda a la calle. Ésa es una loca de manicomio”.

A los clubs, a la afición
que a mi lado congregué,
saluda con emoción
Asociación Balompié.

Todos éramos de Boca. Después de la “Gran Pensión El Campeonato”, mientras todos dormían la siesta y Clark Gable escuchaba el partido, yo me encerraba en la sala. Era la única pieza decente de la casa, con una gran ventana a la calle. Allí estaba la única herencia de papá: su biblioteca.

Una de las tres puertas de vidrio de la biblioteca estaba cerrada con llave, porque allí estaban los libros prohibidos. Yo los retiraba con toda facilidad metiendo un brazo por la puerta de al lado, ya que no había divisiones entre los tres cuerpos de la biblioteca. Uno de ellos era Cartas de amor de Marcelo Peyret. Narra, a través de la correspondencia, el amor de un tipo, Ramiro, con una señorita, Beatriz. Élla toda costa quiere que tenga relaciones conyugales con él antes de casarse. Ella se enoja y se resiste, pero ganas no le faltan, según le cuenta a una amiga íntima en una carta. Como Ramiro insiste, y Beatriz no es ninguna estúpida, rompe el noviazgo y se casa con otro pretendiente que tenía, que es un plomo, pero que la respeta. A todo esto y siempre a través del correo, el marido de Beatriz recibe injurias de Ramiro y se bate con él.

Ramiro cae malherido, lo cual aviva el amor de Beatriz, que entonces se decide a ir a verlo (total, ya no tenía corchito, así que si pasaba algo no se iba a notar), y se acerca a su lecho de enfermo cubierta solamente con una bata. Pero él se sonríe tristemente y le dice que “ya no es un hombre” (él). Al final todos se suicidan, menos la amiga íntima que reúne la correspondencia y se la manda al señor Marcelo Peyret para que haga el libro.

Para acceder al último cajón del escritorio, que también estaba con llave, yo usaba un procedimiento parecido al de la biblioteca: retiraba el cajón de arriba y tenía cosas vedadas a mi disposición. Miraba la libreta de casamiento de mis padres, donde figuraba mi nacimiento, el de mi hermano, y el fallecimiento de mi padre; fotografías suyas tomadas poco antes de su muerte; el aviso fúnebre y algunas notas necrológicas de los diarios. Decían que la docencia perdía un educador; las letras, un poeta.

Cosas parecidas dicen las inscripciones de su sepultura, en placas de bronce que tienen forma de libro abierto. Sobre el rectángulo de mármol que cierra el lugar donde está enterrado, hay una sola inscripción no muy legible, en letras cuadradas, sin relieve. Dice: “Papito”.

Me despiertan unos golpes en la puerta que comunica nuestra pieza con el comedor. Mamá sufre de insomnio; los golpes la despiertan minutos después de haber conciliado dificultosamente el sueño. Mientras trato de despabilarme la oigo largar una maldición tras otra. Los golpes los da la abuela, para avisar que se siente mal. Da los golpes con la mano abierta, porque como ya se sabe, su debilidad le impide cerrar el puño. Mamá grita: “¡Qué querés!”. No hay respuesta. Me tapo la cabeza con la frazada. Un segundo después recomienzan los golpes. Mamá se levanta con

tanta violencia que me tapo los oídos. Pero en vez de ir hacia la puerta de donde vienen los golpes, toma el camino contrario, hacia la pieza donde duerme Mele. “Levantate a atender a tu madre, perra, o te creés que yo voy a ser la esclava de todos ustedes”, grita mamá. “Yo la atiendo todas las noches, perra, víbora”, contesta Mele, “esta vez te toca a vos”. Entre tanto siguen los golpes en la puerta del comedor. Me levanto y abro la puerta.

La abuela está parada unos pasos más atrás, junto a la mesa del comedor, de donde se sostiene con las dos manos. Tiembla mucho, y me mira con ojos de santa degollada. Mientras la acompaño a su pieza se apoya en mi brazo con todo su peso, y tiene la mano transpirada.

Querida abuelita,
segunda mamá.

¡Quién pudiera ir tan alto como la luna,
y mirar las estrellas una por una,
y elegir entre todas la más bonita,
para alumbrar el cuarto de la abuelita!

Ahora ya la tengo acostada en su cama, gimiendo rítmicamente, mientras me da indicaciones para preparar el té de yuyos. A la distancia se oye la continuación de la pelea de mamá y Mele.

Vuelvo de la cocina con la infusión y un trapo mojado que la abuela se pone en la nuca. Cada cinco minutos tengo que refrescar el trapo bajo la canilla del baño. Entonces pregunto: “Abuelita, ¿cómo te sentís?”. “Igual, nena, igual”, gime.

—¿Pero, ¿qué te pasa, abuelita?

—Estoy muy débil, nena.

—¡Qué cara repugnante tienes, abuelita!

—Es para asustarte mejor, Caperucita.

—¡Qué manos temblonas tienes, abuelita!

—Son para desgarrarte mejor, Caperucita.

—¡Qué brebajes asquerosos tomas, abuelita!

—Son para volverme inmortal, Caperucita.

Menos mal. Porque yo ya estaba temiendo que la abuelita se muriese. Eso no lo podría soportar. ¿No lo podría soportar? Me pongo a pensar en su muerte. Ahí está, en esa cama, muerta. Con el trapo mojado en la nuca, la tisana humeando su mal olor, la dentadura postiza en el vaso con agua. Mamá y Mele han interrumpido la pelea y están al lado de su cama, con los ojos desorbitados y tapándose la boca con la mano. Llega Otilia, pega un grito, se tapa la boca con la mano y mira a la abuela con los ojos desorbitados. Un tren trae a Amanda de General Pico, para que también ella pueda dar su grito, taparse la boca y desorbitarse junto a su madre muerta. Llega más gente a ver a la abuela, y todos dicen que está igualita.

Mañana no voy a la escuela. La maestra señalará mi banco vacío y dirá: “La niña Steimberg no vino porque se le murió la abuelita”. Se hará un silencio, y enseguida dos niños se pondrán a llorar, uno porque su abuelita ya se murió y otro porque se puede morir. La maestra recomendará a todos los niños que todavía tienen la suerte de tener abuelita que recen por ella y que se porten bien, para que pueda vivir muchos años.

Hace rato que no la oigo quejarse, está inmóvil. Salto de mi silla hasta su cabecera. Por debajo del trapo parpadean sus ojos aguachentos. La mano que apoya sobre el cubrecama le tiembla débilmente.

—¿Te sentís mejor, abuelita?
Querida abuelita,
segunda mamá.

Pereza: Pasión sinónima de ociosidad y haraganería, se halla caracterizada por una aversión natural al trabajo, la que, llevada a su máximo de intensidad, origina todos los efectos físicos y morales de la inactividad.

Dr. Francisco Otero, Higiene general, XXIX, “Higiene de las pasiones”, página 549, Buenos Aires.

En un bosque,
de la China,
una china se perdió,
y como yo era un perdido
nos encontramos los dos.
Era de nocheeeeeeee
y la chinitaaaaaaaaa...

Feliciano Brunelli, Juan Carlos Barbará y sus orquestas características. Muevo el dial: Misa de once, yo ya no soy el de entonces...

Yo me quiero casar de blanco, en medio de una nube de tul y azahares, y que se oiga el Ave María de Schubert durante la celebración. Para eso tengo que conseguirme un novio católico, y convertirme yo misma al catolicismo. No hay apuro para nada de esto, no pienso casarme antes de los dieciocho años, y ahora tengo doce.

Para convertirse al catolicismo hay que creer en Jesucristo. Eso es muy simple. ¿Cómo no creer en alguien que está allí nomás, suspendido en el marco de la puerta? Es barbudo, sonriente, lleva una túnica blanca y lo rodea una ligera nube dorada. Hace una señal con la mano derecha: es la V de la victoria. Jesús me llama; me toco la cara: Jesús me ve. Recorro mi cuerpo con mis manos. El agua bautismal borra todos, todos los pecados. PLOP. En el lugar donde estaba Jesús ahora está Frank Sinatra.

Strangers in the night...

Total, con el agua bautismal... PLOP. No más Jesucristo ni Frank Sinatra. Ahora está mamá en el marco de la puerta. Silencio y horror.

Horas después de estas apariciones, encontré el siguiente mensaje entre las páginas del Manual del Alumno: Alicia: Hoy, cuando llegué de la calle, abrumada por el peso terrible de las responsabilidades que tengo que enfrentar por mi condición de mujer viuda con dos hijos para sostener y educar, esperaba verte inclinada sobre los libros que con tanto esfuerzo te proporciono para que el día de mañana puedas defenderte en la vida. Pero tuve el dolor de encontrarte tirada en la cama, en mala posición, con lo cual podés causar daños irreparables a tu columna vertebral, y usando tus manos para algo que ni siquiera me atrevo a mencionar aquí, porque me moriría de desesperación y de vergüenza.

Reflexioná, Alicia, antes de que sea demasiado tarde, sobre las perturbaciones y las enfermedades incurables que podés provocarte con tu conducta, y pensá si éste es el pago que se merece alguien que, como yo, vive y está destinada a vivir en medio de un sacrificio y un sufrimiento continuos, para que sus hijos lleguen a ser personas sanas y valiosas. No olvides que

otras mujeres, en mis circunstancias, encierran a sus hijos en colegios en lugar de sacrificar su vida para criarlos.

Leé y aprendé de memoria las partes que te señalé en el libro del doctor Otero, y después, si querés ir matándote lentamente y matarme también a mí con tu conducta, seguí como hasta ahora.

TU MADRE

Éstas son las partes que encontré señaladas en el libro del doctor Otero:

Del onanismo: El abuso más frecuente de los placeres de la generación es el onanismo o masturbación. El onanismo no es una pasión, porque en las pasiones hay siempre un motivo noble, que les da un viso de moralidad, por lo cual el espíritu encuentra en el fondo de ellas una tendencia al bien que las hace más o menos agradables a la conciencia. En el onanismo todo es degradante, puesto que no hay ni un asomo de sentimiento delicado que haga menos brutal su esencia; todo se reduce al vergonzoso anhelo de hallar un placer en el acto de consumir un tesoro precioso para el individuo y para la especie, contrariando los designios de la naturaleza, que infundió ese placer en los actos de la generación para atraer irresistiblemente a los animales a verificarlo y perpetuar la especie.

Las causas principales de este extravío son: la lectura de novelas enervantes, la pereza y ociosidad, y sobre todo, los compañeros afectados de ese vicio. Por lo general es difícil descubrir las huellas de tan funesto hábito, lo cual depende de que los masturbadores buscan siempre la soledad para consumir sus torpezas, y de que la vergüenza y la confusión los hace demasiados tímidos para confesar su falta. Sin embargo, existe un gran número de síntomas que en ningún caso dejan de revelar al vicio por poco que éste se encuentre arraigado: la cara palidece, los ojos se encuentran rodeados de un círculo azulado; los párpados hinchados y legañosos; los labios descoloridos; decaen las fuerzas; la marcha es insegura; preséntanse con timidez delante de sus superiores; no tienen fuerza ni voluntad para el estudio; la voz se apaga; debilitanse los sentidos y la memoria; la imaginación se pone obtusa; piérdese el valor moral, y en su lugar sólo hay indiferencia y sonrojos; la vida se mira con cierto desdén, y en medio de este sordo desconcierto físico y moral, las angustias y los remordimientos vienen a exacerbar el sufrimiento de tan desagradable estado.

Tártaro, el bueno, se casó con Clotilde Pérez —para los íntimos, Clota—, una chica que no era de la colectividad; pero esto no causó gran trastorno porque Tártaro era uno de los tíos a quienes nadie llevaba el apunte. La madre de Clota era una de las clientas de Tártaro; todos los meses Tártaro pasaba a cobrarle su cuota y a venderle algo más.

Un día que realmente llovía mucho, Tártaro tocó el timbre y lo hicieron pasar a tomar un café. Alrededor de la mesa estaban los dueños de casa y Clota. El resto fue muy simple.

Se puede decir que Dios premió a Tártaro por su bondad. No sólo le consiguió una mujer cuya bondad iba pareja con la suya, sino que además le consiguió unos suegros de leyenda, dos seres de tal bondad que convertían en miel todo lo que tocaban. Había cierto problema con las moscas, pero valía la pena soportar esa molestia si se consideraba que, una vez traspasada la puerta de esa casa, quedaban afuera todos los seres malos del mundo.

Pero el mismo Dios que premió a Tártaro le mandó una desgracia. Un día estaba su suegra espantando, como de costumbre, las moscas que se juntaban con la miel de su bondad, cuando de pronto perdió pie y rodó por la escalera. Tártaro la encontró tirada al pie de la escalera, sin

conocimiento, y, sin saber qué hacer, se puso a reír.

Años después, en medio de su risa blanda, bondadosa, Tártaro me contó que desde el accidente la señora no había vuelto a levantarse de la cama. Después de cinco años, murió. “Gracias a Dios, pobrecita, fue una liberación para ella y para nosotros”, dijo Tártaro. “La llevamos” (Tártaro se ponía cada vez más alegre) “al cementerio de Azul, su ciudad natal. El traslado nos costó bastante, pero ¡qué alegría tenemos todos de que ella esté donde siempre quiso estar!”.

El tío asmático venía casi todas las mañanas para usar nuestro teléfono. Me traía el suplemento de historietas de Crítica. Yo tenía que agradecersele con un beso, cosa cargante, porque me repugnaba su tos, y no me había olvidado del salto sobre las cenizas calientes. Pero el tío era el tío, y las historietas eran las historietas, de modo que le daba el beso, que él correspondía con abrazos y caricias.

Tenía una manera rara de ser cariñoso, el tío. Me ponían la piel de gallina sus dedos medio temblorosos, que me tocaban casi sin tocarme, la respiración agitada que le oía mientras me acariciaba, con el silbido en el pecho. Y esas miradas desorbitadas que lanzaba hacia la puerta.

Cuando conseguía deshacerme de él, me iba a mi pieza a leer las historietas.

Esto pasó muchas veces, todas las que él lograba quedarse a solas conmigo, atrayéndome con las historietas que le asomaban por los bolsillos.

Hasta que un día, cansada de las historietas y de los manoseos, me negué. Insistió, dijo que él era mi tío, que yo tenía que ser cariñosa con mi tío.

Estaba sentado junto al teléfono, y tenía los botones de la bragueta desprendidos. “Como siempre”, pensé. Me sorprendí al darme cuenta de que no era la primera vez que veía esos botones desprendidos. Nos miramos un momento y yo salí de la habitación.

No vino más por casa. Volví a verlo en alguna visita a Saavedra, pero no se quedaba con nosotros. Saludaba y se metía en su pieza, con puerta y ventana cerradas para que no entrara el polen.

La abuela Ana se murió de golpe. Enferma, lo había estado desde tiempo inmemorial. Yo jamás la vi distinta de cómo estaba el día de su muerte: consumida, blanca en canas, muda, con un gesto de dolor permanente. Los tíos lloraban a gritos, junto a la cama de bronce con angelitos en la cabecera. Todos rodeábamos la cama, con las cabezas bajas. Yo ni me acordé de los fideítos con leche. Se decía que la abuela no había podido soportar el dolor del primer aniversario de la muerte de mi padre. Papá no podía defenderse de este cargo, de modo que cargó con esa muerte, cuando ya cargaba con la suya.

Ése fue un mal año para la familia. Se murieron también la hermana mayor de papá y el abuelo José. No terminaba de aliviarse un luto cuando ya había que empezar otra vez con el riguroso. Las tías quedaron tan sacudidas que no podíamos pasar domingo sin visitarlas. Por suerte ya nadie se ocupaba de mí, y tenía libre acceso a la biblioteca. No había mucho para elegir, pero había cosas de atracción siniestra, como el Rey Hambre de Andréiev, con el cuento de un asalto a una pareja de jóvenes en un bosque, el cuento de los leprosos, y otro libro de cuentos con uno sobre un tipo que encuentra en una calle a una mendiga deforme y se la lleva a vivir con él. La mendiga queda embarazada, y eso la va consumiendo, termina caminando en cuatro patas, abrumada por un peso

que no puede soportar. Entonces el tipo se va, la deja abandonada, pero después le da pena y vuelve y la encuentra muerta, muerta, en medio de un charco de sangre, de sangre, y el chico ha nacido: no tiene brazos ni piernas, y está cubierto de pelos. El hombre llora, es el padre de un monstruo. Al final se escapa y deja que el bebé se ahogue en el charco de sangre, ¡ay!, de sangre, ¡ay!, que se ahogue en el charco de, en el charco de sangre, mientras él se escapa, se escapa.

Vamos, nena, que ya está servido el té. Dejé ese libro, que ya están las tazas sobre el mantel, la hepática en la cabecera de la mesa, los abuelos en sus retratos ovales, el dulce en la dulcera, la paja en el ojo ajeno, el bebé en el charco de sangre, la muerte semanal para llegar al lunes.

María Belén me enseñó a rezar. Tenía diez años más que yo, sufría de acné y se pintaba los labios de un rojo oscuro. Me enseñó el Padre Nuestro, el Ave María, el Credo y otra que empieza: “Pésame, Dios mío”. Se ocupaba de convertir a la fe católica a todos los fieles de la cuadra, especialmente a los japoneses de la tintorería. La japonesa madre sabía que sus chicos aprendían la doctrina cristiana, y de pronto María Belén llevó a bautizar a los siete de un golpe.

Mi conversión quedó encubierta. María Belén no se atrevía a comunicarla a mi familia, de manera que simplemente rezábamos un rato todas las tardes, mirando una estampita diferente para cada rezo. Nos ubicábamos en el cuarto de estar, o comedor diario, donde mis ojos se clavaban sin poder evitarlo en un gran frasco de vidrio lleno de agua donde flotaban unos hongos cultivados por la abuela de María Belén no sé para qué uso, que aumentaban horrorosamente de tamaño. La abuela de María Belén, que era asturiana y viejísima, entraba a traernos pasteles de dulce de batata y a vigilar lo que hacíamos. Si había tormenta venía a ordenarnos que bajáramos la voz y que no nos riéramos. “¡Silencio, niñas, que es la ira de Dios!”, murmuraba señalando el cielo.

Cuando el diariero dejaba La Razón, la madre de María Belén se ponía los anteojos y leía las noticias policiales en voz alta. Se detenía especialmente en los crímenes y en las cuchilladas. Un día salió uno que causó sensación: una mujer había matado a su marido clavándole una tijera en el corazón. La madre de María Belén dejó el diario y se quedó inmóvil, con la boca abierta, mientras la abuela se agarraba la cabeza con las dos manos y gritaba: “¡Ay, Dios mío, la tijera es la peor arma!”.

Después de los rezos, María Belén y yo jugábamos a dibujar un hombre. Yo le dibujaba el pelo, el a las orejas; yo el cuello, ella el tronco, etcétera, hasta completar la figura. Lo dibujábamos desnudo, con muchos pelos, y grandes genitales en diversos grados de erección. Si la abuela o la madre de María Belén entraba en la habitación, metíamos el dibujo debajo del catecismo y proseguíamos con la doctrina. La abuela nos miraba con aprobación. “Escucha a María Belén, niña, que te ha de enseñar muy bien la doctrina. Mucho trabaja ella también en el acristianamiento de los niños de la japonsería.”

Al comedor de esa casa sólo entraban visitas de importancia: algún sacerdote, algún abogado. Yo entré una sola vez para mirar, con todo respeto, el altar doméstico que la madre de María Belén había instalado allí. Con las persianas cerradas, apenas se distinguía el Cristo en la pared, colgado sobre una mesita de mantel bordado, llena de estatuillas y crucifijos, y dos grandes jarrones llenos de nardos, claveles y junquillos. Dos velones que ardían constantemente iluminaban el altar. Ante ese altar pasaba largas horas la madre de María Belén, mujer devota y altanera, a quien no le gustaba mezclarse con la chusma que asistía a la iglesia. “Yo me entiendo con Dios en mi casa”, declaraba, “y jamás le hago faltar flores, ni velas. Las que se menean a la

salida de la misa con sus trapos nuevos seguro que no pasan dos horas por día de rodillas ante el Señor, como yo”.

En el baño de la casa siempre había flores viejas. Orinar allí era como orinar en una capilla ardiente. Una de las puertas del baño comunicaba con la pieza donde dormían María Belén y su abuela. Una noche, después de orinar entre las flores, entré en ese cuarto, prendí la luz y fui a mirarme en el espejo de la cómoda. Algo que vi en el espejo me dejó helada: en una de las camas estaba acostada la abuela de María Belén, con la cabeza envuelta en una especie de vendaje blanco, mirándome desde el fondo de sus ojos hundidos, inmóvil y muda. Corrí hacia la puerta, apagué la luz, perdón, señora, tropecé, yo no sabía que, y me largué a la carrera por el patio hacia el comedorcito.

El hombre que María Belén y yo dibujamos esa noche resultó extraordinario. Estaba vestido desde la cintura para arriba, llevaba una capa corta, de estilo episcopal, del color púrpura correspondiente, y tenía la cabeza envuelta en un turbante oriental, adornado con piedras y plumas de colores.

Con una mano sostenía un cartel que decía: “NO SE ASUSTEN, CHICAS”. Con la otra sostenía una bandeja en la que apoyaba su enorme falo. Cuando estuvo terminado lo fijamos en la pared con una tachuela, y casi reventamos de risa contemplándolo. Después lo rompimos meticulosamente en pedacitos que arrojamos al inodoro.

Mientras recorría los pocos metros que separaban la casa de María Belén de la mía, yo iba repitiendo mentalmente una nueva oración que ella me había enseñado esa tarde.

En la otra esquina vivía Carolina. A los doce años ya era una muchacha espigada, que cruzaba las piernas al sentarse como una actriz de cine.

Yo, que tenía la misma edad, todavía no había abandonado las ropas y las actitudes de las niñas. Hacía lo posible por imitarla, pero me costaba trabajo. Las madres de Carolina y María Belén eran amigas. Mamá no se daba con ellas, ni con nadie en el barrio.

La madre de Carolina caía a la tardecita por lo de María Belén, con su tejido, y las dos señoras se sentaban junto a la ventana del comedorcito, que siempre tenía las persianas cerradas. Cuando la madre de María Belén oía pasos por la vereda, dejaba el tejido y se levantaba a mirar por la mirilla. Si el que pasaba era alguien del barrio, murmuraba “Mm”, en señal de reconocimiento. “Ahí va la japonesa”, anunciaba, “ya está gruesa otra vez. Cuando venga el marido de Japón se va a encontrar con que su mujer le ha hecho tres chicos en su ausencia”. La mamá de Carolina levantaba la vista del tejido con la boca abierta. “¿Así que el japonés que vive con ella no es el marido? Y, bueno, al final, todos los japoneses son iguales...”

A través de estas tertulias me enteré de que el yerno de la carbonera era un vago mujeriego; de que uno de los hijos de la dueña del bar de la esquina, que ya tenía veinte años, se despertaba de noche y se pasaba a la cama de la madre; de que el verdulero José, después de muchos años, había hecho venir a su novia de Italia y casi no la reconoció de flaca y arruinada que estaba; de que el hijo de la peluquera había salido mogólico porque su madre no cumplió una promesa hecha a la Virgen; de que los turcos de la tienda se alimentaban exclusivamente de carne cruda; de que la mucama del médico había abortado por segunda vez ese año; de que la hija de la modista dejaba a su madre escupiendo sangre sobre la costura para ir a los bailes.

La madre de Carolina no se movía de su asiento, porque era demasiado gorda para moverse

con agilidad, pero escuchaba todo con atención y contribuía con historias de otros vecinos.

De ellas mismas nunca hablaban. Eran buenas mujeres de su casa, a quienes nunca podía pasarles nada. Bien visto, así fue. Mientras María Belén pasaba de ser una chica a ser una señorita, después una señorita mayor, y finalmente una señorita algo vieja, su madre no avanzó hacia otras edades. Se mantuvo siempre joven y feroz, como yo la conocí, de modo que llegó a parecer tan joven como su hija, y después más joven que ella. Nunca abandonó su devoción doméstica, con cambio diario de flores y velas, ni su lectura vespertina de policiales seguida de inspección de la calle. Cuando murieron su madre y su marido, en el curso de un mismo año, hizo arrodillarse a María Belén frente al altar del comedor, y jurar que nunca se iría de su lado. De modo que María Belén envejeció junto a su joven madre, pero se acostó con todos los hombres de la cuadra, solteros o casados. Otilia, que con el tiempo se volvió más tolerante, decía: “Y, bueno, ya que no se va a casar, que se dé el gusto, pobre chica”.

La madre de María Belén se enemistó con la de Carolina, de quien después contó que era una loca atendida por psiquiatras: había salido desnuda a la calle, como la hija de León el de la relojería. Pero a la madre de Carolina no la internaron en el manicomio: la atendía un médico que le curaba la locura con pastillas. No se la curó del todo, pero digamos que, para salir a la calle, por lo menos se pondría una toalla alrededor.

Un buen día mamá me prohibió que siguiera siendo amiga de María Belén. Esto se debió a que, después de su ruptura con la madre de María Belén, la madre de Carolina se presentó en casa y le contó a mamá unas cuantas cosas que la madre de María Belén había dicho de mamá: que era una orgullosa que no se daba con ningún vecino, y que sus cuñados (los hermanos de papá) venían a casa demasiado a menudo (y adelantó hipótesis sobre el propósito de esas visitas).

Pero yo la extrañaba a María Belén, así que la veía de vez en cuando, a escondidas. Una vez mamá me pescó saliendo de su casa. Pasó a nuestro lado sin mirarnos, con los labios apretados, y me esperó en la puerta de casa. La seguí, temiendo agravar la cosa con una nueva rebeldía.

Durante toda la tarde no me dirigió la palabra. Por la noche, sobre mi almohada, encontré este mensaje: Alicia:

Creí que habías entendido por qué no quiero que sigas tratando a María Belén y a su familia. Parece que no entendés que una sola palabra dicha para insultar a tu madre, debe bastar para que repudies a quien se atrevió a pronunciarla, y a cuantos tengan que ver con él. Mi vida es un sacrificio constante para brindar a mis hijos todo lo que necesitan. Lo que hago lo hago por ustedes, ya que mi vida está arruinada para siempre. Pero que alguien se atreva a enlodar mi nombre con la cloaca de su boca, y que vos, mi hija, que todo lo que tiene me lo debe a mí, te atrevas a cruzar una sola palabra con ella, es más de lo que yo podía sospechar. Lo único que puedo pensar es que sos igual a ella. Si vas a lo de María Belén, es porque vos también querés hundirme en el fango. Y me pregunto, Alicia: ¿por qué? ¿por qué?

TU MADRE

—Vení acá.

—Lo hice sin querer.

—Vení acá.

—Te digo que lo hice sin querer.

—Vení acá si no querés que te mate.

—No pensaba en lo que hacía.

Me retorció el brazo mientras me gritaba, pero el dolor no era nada comparado con el terror de tener su cara tan cerca, crispada, apretando los dientes.

Mientras me retorció el brazo me interrogaba:

—¿Por qué lo hiciste?

—No me di cuenta.

—¡No te diste cuenta!

Me soltó el brazo para darme una cachetada que me dio vuelta la cara.

—Oíme, inmunda mentirosa. Nadie hace una cosa así sin darse cuenta. Decime por qué lo hiciste.

—Estaba aburrida.

—¿Aburrida?

Me dio un empujón que me arrojó contra la pared.

—¿Así que estabas aburrida? (cachetada) ¿Así que mientras tu madre sale a luchar por vos, vos estás aburrida? (empujón).

—Perdón.

—Perra. Víbora. Esto es lo que me depara el destino. Una perra víbora que quiere destruir a su madre.

Me soltó el brazo, que había estado retorciendo nuevamente, y empezó a llorar, tapándose la cara con las manos. En medio del llanto, que yo acompañaba, seguía quejándose de su mala suerte. Al rato me dejó sola, dando un portazo al salir.

Me tiré en la cama y estuve llorando largo rato. Me dolían los golpes, y lo irreparable de mi daño. En la parte superior de la radio, un venerable aparato RCA Víctor que parecía una catedral gótica, había una figura de una mujer tallada por mí con la punta de un compás. Era un dibujo muy feo, como los que hacía por docenas en cualquier papel, y aun en las hojas de mis cuadernos y mis libros. No me preocupaba que las mujeres salieran hermosas, pero las hacía con notables redondeces en el culo y en los pechos. Nunca olvidaba dibujar el nacimiento de los pechos en el gran escote enmarcado con volados. Mamá ya me había recriminado por estos dibujos medio obscenos con los que yo perdía el tiempo. Pero los papeles se pueden tirar, se pueden arrancar las hojas de los libros y los cuadernos. En cambio no se puede borrar, ni se borró nunca, la mujercita grabada sobre la radio.

Maldades como ésta destruían lo que quedaba de la relación más afectuosa que yo había tenido antes con mamá. Me volví mentirosa, hasta que eso se convirtió en una costumbre, y mentía hasta cuando no era necesario. Perdí y arruiné infinidad de cosas, saqué aplazos en el colegio, me sujeté los breteles descosidos con alfileres de gancho, me acerqué a las compañeras que mamá había clasificado como peligrosas, dibujé miles de mujercitas con grandes culos y tetas.

Después de las terribles palizas, me pasaba largo rato deseando la muerte de mamá. Agitaba el puño hacia la puerta por donde ella acababa de salir y repetía: “Ojalá te mueras. Te odio. Te odio”.

Después empezaba a recobrar-me. Me lavaba la cara con agua fría y me sentaba a estudiar. Leía dos o tres párrafos y me detenía un momento para pensar cómo podía hacer para reformarme, para volverme buena, veraz, estudiosa, y terminar esas horribles escenas con mamá.

Ella volvería a quererme, yo volvería a quererla. La estaba queriendo ya, anticipándome a

tiempos mejores que vendrían.

En secreto, cumpliría con mi vieja intención de hacerme bautizar, y eso me ayudaría a ser más buena. Jesús, nuevamente suspendido en el marco de la puerta, me sonreía alentadoramente. Como siempre, estaba vestido de blanco, tenía una barba muy hermosa y un halo alrededor de la cabeza. Como siempre, hacía una señal con las manos para comunicarse conmigo. Pero esta señal era extraña; me puse a pensar qué querría decir clavando el índice de su mano derecha en la palma de la izquierda, y haciendo como que lo atornillaba en ella. Cuando por fin me di cuenta me subieron los colores, y volví los ojos al libro.

“Seguí nomás papando moscas” (no era la voz de Jesús, sino la de mamá). “Seguí nomás papando moscas mientras tu madre sacrifica los últimos años de juventud que le quedan para que vos puedas estudiar.”

Mientras combato el invierno con frazadas, botella de agua caliente a los pies y la audición de Bing Crosby en la radio, ella anda por la pieza ordenando cosas.

“Qué desordenada sos, Alicia, das asco.” Ella encuentra los alfileres de gancho con que sujeto breteles, ligas, cinturones. En mi ropa hay cantidad de alfileres a la vista, como en la cabeza calva de Geniol. También la abuela se olvida algún alfiler en los vestidos que me arregla, y cuando me los prueba nunca me salvo de algún pinchazo. Hay que adaptar a mi cuerpo los vestidos que manda la prima Dora de Mendoza, que tiene una hija de mi edad. “Cuando tengas ropa para tirar o regalar mandala a Buenos Aires, sabés, Doriucha, que aquí estamos pasando por muy mala situación”, le había escrito Mele. Y Doriucha respondió a la carta con la primera encomienda. “¡Mirá, che, qué fino!”, comentaban las fieras, mientras se repartían la ropa de Doriucha y su hija, toda con muy poco uso pero algo pasada de moda.

A veces hay que recordarles a los ricos que se acuerden de los pobres —mejor dicho, de los que están en mala situación—. En realidad nosotros éramos personas ricas que estaban pasando por una mala situación. Una vez superada ésta, volveríamos a nuestra verdadera condición, parecida a la de Doriucha, con casa lujosa, coche con chofer e institutriz alemana para los chicos.

Cuando Mele escribió a Mendoza, ya hacía unos cincuenta años que nuestra parte de la familia atravesaba esa mala situación, iniciada cuando la bisabuela y sus hijos tuvieron que escapar de Rusia con lo puesto. El período más desahogado que yo conocí fue durante mis primeros años, hasta la muerte de mi padre. Si él hubiera vivido no habríamos sufrido la humillación de pedir a los parientes ricos que nos regalaran la ropa usada, y más bien nos habríamos cagado en ellos. Hasta les habríamos mandado nosotros algún regalito, para que aprendieran. No ropa vieja, que si uno la regala es porque de otro modo la tiraría a la basura, sino cosas como la gente, compradas a propósito para regalarlas.

Pero una cosa es decir, y otra es hacer. Cuando Otilia se volvió ricachona como la prima Dora de Mendoza, también ella empezó a hacerse la generosa con los trapos que le sobraban. Pero como siempre le gustó figurar, en vez de darlos a los parientes pobres los mandaba al Asilo de Ancianos Israelitas. Otilia había pasado de ser pobre como las ratas a ser modesta pero sin deudas, a estar en posición desahogada, y finalmente a ser chancho burgués, atrás, atrás.

Entonces empezó a hacer donaciones. Tuvo el buen tino de mandarlas siempre al mismo lugar, labrándose así un prestigio que le fue reconocido en una carta enviada por dicho Asilo. Otilia no perdía oportunidad de hablar de las donaciones y de la carta. “Yo regalo mucha ropa, y toda en

buenas condiciones. Mis hijas son tan caprichosas; no se ponen más de dos veces el mismo vestido. En el asilo me están muy agradecidos. Me mandaron UNA CARTA, hay que ver QUÉ CARTA me mandaron, era emocionante. Yo mando la ropa allí porque primero hay que acordarse de los de uno.

Si un día necesitás ayuda, ¿quién te la va a dar? ¡La gente de la colectividad! A veces me río”, agregaba, “pensando cómo quedarán las viejitas del Asilo con las bikinis y los vaqueros de las chicas. Pero yo cuando hago un paquete meto todo lo que sobra, así de paso aprovecho para ordenar los placards”.

Y Otilia, con expresión virtuosa, se iba a probar una nueva receta de licuado. El a fue una de las primeras damas porteñas que tuvo televisor, y licuadora.

No esperes nada de los demás. Nadie va a hacer nada por vos. La única que se preocupa por vos es tu madre. Tu madre sufrió cuando naciste, pasó noches en vela cuando estabas enferma, se privó de todo para darte lo que necesitabas.

Amigas, amigas. ¿Qué te dan las amigas? Cuando necesitás algo tenés que pedirselo a tu madre. ¿Alguna de tus amigas te da lo que te da tu madre? No. ¿Te dan de comer cuando tenés hambre? No. ¿Te cuidan cuando estás enferma? No. ¿Te ayudan a labrarte un futuro? No. Así que no te preocupes por ellas. Preocupate por tu madre. Dale, metete nomás el dedo en la nariz, para que te quede deformada como una batata. Ahora, tomá. Agarrá este dinero que tu madre ganó con fatiga, y andá a comprar una caja de cucarachicida al almacén. Esta casa está llena de bichos inmundos. Andá, apurate, hacé algo por tu madre en vez de estar pegada a la radio escuchando cosas que enferman tu mente. Andá. El dinero. Tu madre. El sufrimiento. Las cucarachas. El dedo en la nariz. ¿Amigas? Cucarachas. El sacrificio.

En el camino del almacén donde tenía que comprar el cucarachicida había una iglesia. Generalmente estaba vacía, pero a las seis de la tarde se veía entrar a algunas viejas bastante deformes con sus rosarios. Entré, toqué la pila de agua bendita, hice la señal de la cruz con una ligera genuflexión, y caminé entre dos hileras de bancos con la vista fija en el altar mayor. Todo estaba limpio, pulido, y olía a incienso. Tres o cuatro viejas arrodilladas rezaban el rosario tan velozmente que ni se les veían los labios. Me arrodillé, lejos de ellas, y traje a la memoria todas las oraciones que me había enseñado María Belén. También me acordé de las preguntas del catecismo, del tipo quién es Dios, Dios es el ser más excelente y admirable que se pueda decir o pensar, infinitamente bueno, poderoso, y esto y lo otro y lo otro y lo de más allá, y después vienen las oraciones creo en Dios padre todopoderoso creador de los cielos y de la tierra que ésa nunca me la acuerdo completa padrenuestro que estás en los cielos ésa sí que me la sé de un tiro Dios te salve María con el asunto del fruto de tu vientre que trae malos pensamientos y pésame Dios mío me arrepiento de todo corazón de haberos ofendido con un golpecito en el pecho cada vez que uno dice “pésame”.

Debo estar poseída por el demonio, porque cada vez que digo “Pésame” me acuerdo de él. Yo creo en el Demonio, en el Infierno con el fuego y los tormentos eternos y todo lo demás. Si uno muere con un solo pecado mortal, va al infierno. Si muere sinceramente arrepentido de todos sus pecados, no importa cuántos ni cuán terribles hayan sido, aunque uno se haya hecho la paja veinte veces por día durante toda su vida, igual va al Paraíso.

El Paraíso está lleno de pajeros arrepentidos, felices, cada cual con sus alas, su lira, su túnica

blanca y sus sandalias doradas. Todos giran alrededor de Dios Padre, que les sonríe y los quiere como si jams se hubieran hecho la paja. Ellos ya no tienen ganas de hacerse la paja, ni podrían hac ersela: debajo de sus t nicas blancas no hay nada. Se fueron todas las viejas menos una. Recojo la cajita de cucarachicida que había puesto frente a mí, en el reclinatorio, para no olvid rmela. Camino hacia la puerta, seguida por la única viejita que queda. Llegamos juntas a la pila, hacemos juntas la genuflexión y la señal de la cruz. Yo miro hacia el altar; la viejita me mira a mí. Salimos. La viejita se me acerca, quiere decirme algo. “Oiga, mijita, en la iglesia hay que estar con la cabeza cubierta.” “S , señora, ya lo s , pero es que yo no pensaba venir a la iglesia. Pasaba, y entr .” “Oiga, mijita, a mí no me importa. Es por Dios. Es por respeto a Dios.” “S , señora, tiene razón, otra vez voy a poner la mantilla en la cartera para tenerla siempre a mano. Es que,  sabe?, tenía necesidad de entrar.” Me doy cuenta, con rabia, de que estoy llorando.

Me alejo rápidamente, apretando la caja de cucarachicida como si fuera el cuello de la viejita. La puta que te pari , viejita, qué sabrás vos cómo es el respeto que yo le tengo a Dios, por qué no reventar n todas las viejitas del mundo.

 Por qué tardaste?  Te encontraste con algunas de tus repugnantes amigas?  Y tu madre? Éste no es el cucarachicida que te mandó comprar.

Ahora mismo vas a que te lo cambien. Andá. Seg  perdido el tiempo, nomás. No pienses en mi sacrificio. No pienses en las cucarachas que invaden la casa. No pienses en tu madre.

La calle otra vez, qué lindo. Y ya prendieron todas las luces, ya sale de todas las casas el olor de la cena. Ya floreció el jazmín del país en los jardines. Dios, qué hermosa es la calle.

Me enamor  de Paqu n, que tenía ojos verdes y tocaba la guitarra mejor que yo. En los conciertos anuales del Conservatorio Spadavecchia se lucía en un d o de guitarra y mandol n con su hermanita. La hermanita de Paqu n tocaba el mandol n macho, que en nada se diferencia de la mandolina hembra. Pero en los conciertos del Spadavecchia siempre figuraba como ejecutante de mandol n.

Todos los martes y viernes caminaba yo hasta el Conservatorio con el Solfeo de los Solfeos y la Teoría de Williams debajo de un brazo, perdida en fantasías en que me veía grande, linda, casada con Paqu n y triunfando con él por el mundo con nuestros d os de guitarra y guitarra. Las fantasías se esfumaban cuando llegaba a la puerta del Spadavecchia y me sentaba en el v st bulo frente a un gran espejo veneciano, o Renacimiento, o qué s  yo, que llegaba al techo. Las paredes estaban cubiertas de fotografías con las actuaciones del maestro Spadavecchia y sus alumnos, algunas de ellas muy antiguas. Había varias del sobrino de Celeste Aída, la profesora de solfeo, cuando el chico no tenía más de cuatro o cinco años y ya empuñaba el violín, vestido de cosaco (cosaco ruso, aclaraban cuando mostraban la foto). Otras mostraban al famoso conjunto de cincuenta guitarras del Spadavecchia. Yo intervine varias veces en este curioso conjunto. Cincuenta alumnos del Conservatorio, sin distinción de edad ni sexo, se sentaban en un gran semicírculo en el escenario de un teatro alquilado para el concierto, con el pie izquierdo apoyado en un banquito, y los dedos transpirados en la posición de la pieza que se iba a interpretar (Capricho  rabe, de T rrega; Una lágrima, de Sagreras, y otras composiciones del mismo estilo, escritas para virtuosos por sus grandes dificultades técnicas, pero que todos atac bamos valientemente para admiración de padres, tíos y amigos). Cuando subía el telón, había escalofríos en la espalda para los cincuenta ejecutantes.

Después de cada pieza se oía un gran aplauso con ovaciones. Al final del concierto, en el mismo escenario, se servía un “lunch” de camaradería para alumnos y familiares. Los conciertos se daban a fin de año, cuando ya hacía mucho calor, de modo que predominaban las taffetas y los organdíes, los sándwiches rancios y los naranjines tibios. También había cañones de crema chantilly que nadie probaba por temor a intoxicarse.

Al concierto anual seguían los exámenes finales. El Spadavecchia entraba en un clima de histeria. Lejos de tranquilizar a los alumnos, profesores y padres los aterrorizaban lo más posible. Las puertas de las aulas quedaban abiertas, por el calor, de modo que desde el vestíbulo podía verse al maestro Spadavecchia, escuchando las lecciones de guitarra con el mate en la mano.

El maestro chupaba con fervor, haciendo grandes ruidos con la bombilla cuando se iba terminando el agua, mientras acompañaba con un pie las ejecuciones de sus alumnos. Cuando había vaciado el mate en forma tal que lo único que le faltaba era tragarse la bombilla, se lo entregaba, sin volver la cabeza, a un ser escuálido y acabado, ubicado a su izquierda, que esperaba humildemente que Spadavecchia terminara de chupar. Este despojo humano que iba y venía toda la tarde con el mate era la hermana de Celeste Aída, la profesora de solfeo, y madre del precoz violinista ex niño cosaco ruso. Antes de despachar al alumno, el maestro le pasaba el mate para que se lo tuviera, tomaba la guitarra, y hacía una demostración de cómo debía tocarse la pieza elegida. Los alumnos se ponían bizcos tratando de seguir sus dedos rápidos, gorditos y cargados de anillos.

Después de los exámenes del último año en que asistí al Conservatorio hubo un segundo concierto, de carácter especial, donde sólo participaron los grandes: Spadavecchia, los maestros de piano, violín y mandolín macho, y el sobrino de Celeste Aída.

Todos los alumnos fueron invitados a asistir. Yo no fui, porque había que pagar la entrada. Así fue como me perdí la oportunidad de ver por última vez a Paquín, y al maestro Spadavecchia. El maestro estaba parado en lo alto de una escalera del teatro, durante un intervalo, cuando rodó hasta abajo, fulminado por un ataque al corazón.

Se suspendió la segunda parte del concierto, y una ambulancia sacó del teatro el cuerpo del maestro que, para no interrumpir la música, se había muerto en un intervalo.

Parte III

¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!

Tamborini-Mosca, siga la corriente.

Era impresionante ver a toda esa gente gritando: ¡Libertad! ¡Libertad!

Mamá tiene un revólver. El primo Quito vino a pedírselo y ella se lo dio, para que Quito saliera a luchar por la libertad y por la democracia.

“¡En esta casa hay un revólver!”, decía mamá cada vez que había una pelea grave. “¡Yo sé dónde está! ¡Yo sé! ¡Yo sé! ¡Lo descubrí!”

Ella pensaba matarse con ese revólver.

¿Que pensaba hacer su mamá? ¿Estofado para la cena?

¡La mía pensaba matarse con ese revólver!

¡Su mamá es una estúpida!

¡Mi mamá es una mujer importante!

¿Se habrá olvidado que le dio el revólver a Quito? ¿Será cierto que se lo dio? ¿Había un solo revólver en casa, o había dos?

¿Hubo alguna vez un revólver, en casa? ¿Será cierto que papá tenía un revólver? ¿Puede ser que mamá dijera mentiras? ¿Ella también?

Perón ganó las elecciones.

No puede ser.

Éste no dura ni un mes.

Diez años. Duró diez años.

Nosotros somos democráticos. ¿Ustedes?

Muera Perón.

En mi casa leen La Nación. ¿En la suya?

Mi mamá lleva, bien a la vista, La Nación bajo el brazo.

Y la ciudad se llenó de negros. Eso es lo que hizo Perón: llenar la ciudad de negros. Las chinusas se vienen con unas pretensiones que más que sirvientas parecen princesas.

Tamborini será presidente: siga la corriente.

No hables delante de la sierva que te puede denunciar.

En mi división hay una sola chica peronista. Las demás somos todas democráticas.

Era impresionante ver esa multitud gritando: “¡Libertad! ¡Libertad!”.

Diez años. Pero después, cómo rajó, el hijo de puta. Mientras rajaba le tirábamos tomates. ¡Y

los chistes que hacíamos!

Decí que este país es tan rico, da para todo.

¿Vos también saliste con la escarapela gigante, a gritar ¡Libertad! ¡Libertad!? ¿Y no me reconociste?

¿A vos también te contaron, tus viejos, lo de las boinas blancas de los radicales? ¿Y lo de las coimas? ¿Te explicaron que los que vinieron antes de Perón también eran unos hijos de puta? Lo de la Semana Trágica, ¿te lo contó tu abuela?

Pero ahora mirá qué molestos estamos, con todos los negros en Buenos Aires. Y esto no es culpa de Uriburu, ni de Yrigoyen. ¡Esto es culpa de Perón, carajo!

¿Qué se habrá hecho del revólver?

¿Pero hubo, alguna vez, un revólver?

“Señoras y señores: en el culo me dan temblores.”

Cuando yo era chiquita, papá me hacía reír con eso. A vos, ¿con qué te hacía reír tu papá?

Mi papá está en una foto, hablando a la gente de un pueblo desde una tribuna. Mi papá era radical. ¿El tuyo?

Está hablando a una gente, a mucha gente reunida. No se sabe qué puede pasar cuando hay tanta gente reunida. Pueden caer bombas, puede caer la policía. Puede morir alguno en el tumulto. Mejor mirar desde algún balcón.

Eso aconsejaba la abuela, cuando entendía de política. El abuelo le enseñaba política y le hacía una hija tras otra. Después dejó de hablarle de política o de cualquier otra cosa, y eso sirvió de anticonceptivo.

Mamá siempre conservó interés por la política. Ella me enseñó quiénes eran las buenas personas y quiénes eran los hijos de puta. A saber: 1. Los peronistas eran unos hijos de puta.

2. Los antiperonistas eran unos hijos de puta, más disimulados.

3. Todos los hombres eran unos hijos de puta.

4. Todas las mujeres, incluso familiares y amigas, eran unas hijas de puta, a excepción de ella misma.

5. Los chicos no eran hijos de puta.

6. Mi hermano era un chico.

7. Yo ya estaba dejando de ser una chica.

Si de algo no se la puede acusar a mamá, es de inconsistencia. Los postulados que acabo de enumerar los mantuvo en forma inquebrantable durante toda su vida.

La abuela conoció a Perón, y sólo empezó a chochar después de la Libertadora. Durante la época de Perón llegó a encontrar difícil comer de acuerdo con su ortodoxia. ¿Bifes de caballo? ¿Carne congelada? ¿Dos horas de cola para conseguir un pan de manteca? En cambio antes, leche en cantidad, manteca en cantidad. A qué hemos llegado, Dios mío.

Pestes contra Perón. Cuando vinieron al colegio a elegir delegada para la Unión de Estudiantes Secundarios, todas nos pusimos de acuerdo y cada una votó por sí misma, de modo que nadie sacó mayoría y no se podía elegir delegada. “Esto no puede ser”, dijo la tipa de la UES. “Tienen que volver a votar.” Volvimos a votar, y otra vez el mismo resultado. Además de que éramos antiperonistas nadie quería hacerse de la UES porque decían que Perón se aprovechaba de las chicas, a cambio de unas pulseritas que les regalaba.

Después de la votación, la única chica peronista de la división le dijo a otra: “Votá por mí”. Se votó por tercera vez y salió delegada.

Pero ella no fue la traidora: se sabía que era peronista. La traidora fue la que aceptó votar por ella, ¿no te parece?

Claro que no se puede ser heroico hasta el final. Yo, al final, también me afilié al Partido Peronista Femenino. Lo hice por miedo. ¿O fue porque para sacar la libreta cívica primero había que afiliarse? En realidad, no me acuerdo.

A la chica que se hizo elegir delegada de la UES le hicimos el vacío. Enseguida se corrió la consigna, de oreja a oreja: “No le hables a Pérez”.

Anduvo un rato sola, muy colorada y con los ojos empañados. Después, la que la había votado se le acercó y le habló. Al día siguiente, por sí o por no, se le acercaron varias más, y al final todo el mundo.

Degenerado de mierda, ¡dame manteca!

Pero el tipo había cerrado porque no tenía más manteca. Es una manera de decir, porque cuando ellos dicen que no hay más manteca, siempre hay un poco más de manteca: para los clientes, para el dueño del negocio y para sus familiares.

Habíamos hecho dos horas de cola, y la tarde estaba tan fría, incluso había empezado a llover. El día anterior el dueño de la lechería había dicho que iba a haber manteca.

A las cuatro abrió; a las tres ya había una cuadra de cola. Estaban todas las chusmas del barrio, incluso las que no saludábamos. Algunas se venían con un chico, para llevarse dos panes de manteca —porque daban un pan por persona—; si alguna otra mujer de las que estaba en la cola le tenía rabia, la denunciaba, y se hacía un barullo bárbaro.

A las cuatro en punto el dueño de la lechería salió a la calle, con cara de vinagre, y miró la cantidad de gente a quien tendría que venderle manteca. Muchos no hacían ningún otro gasto, y algunos ni eran clientes de la lechería.

El tiempo estaba feo, y la gente tenía que hacer tantas cosas, y no podía por estar parada en la cola. Algunas madres habían abandonado a sus hijitos, o a familiares enfermos, o muy viejos; otras estaban enfermas ellas mismas, con reuma, alergia, ciática, lumbago, presión alta o presión baja. Se oía cada cosa, se veía cada cuadro.

La cola empezó a correr. Todos se apretaban contra el que tenían delante por temor a los colados: nunca faltaban vivos. Eh, señora, a la cola.

¿No ve que hay cola? La cola termina aquí. A usted, a usted le digo. No, señora, no le guardo el lugar. Yo no le guardo el lugar a nadie porque después la gente de atrás se queja.

Delante de mí hay unas cincuenta personas. El primero de la cola es el hijo de la pedicura, el que tiene problemas. Idiota del todo no es, pero tuvo una enfermedad cuando era chico, y quedó así. No es un inútil. Anda solo por la calle, hace mandados, entiende lo que se le dice, siempre que sean cosas fáciles, pero habla como si tuviera un pan caliente en la boca.

Cuando abrieron la lechería fue el primero que entró, salió con su pan de manteca en la mano, y se fue corriendo para su casa. La cola avanzaba, la gente iba entrando y saliendo con su pan de manteca. De pronto se me ocurrió mirar para atrás, y vi al hijo de la pedicura nuevamente parado en la cola. Muchos se dieron cuenta, pero nadie le dijo nada. ¿Quién le iba a decir algo a un infeliz, a alguien que no es como uno?

Sólo quedaban unas diez personas delante de mí, cuando el dueño de la lechería salió a la puerta, y bajó la persiana metálica de un golpe. “¡Eh!”, gritaba la gente. “¡Eh! ¡Qué hace! ¡Qué pasa!” Los primeros de la cola, los que estaban por entrar, explicaron: a don Ramón se le había terminado la manteca.

Es triste, déjese de joder, haber estado tomando frío y perdiendo el tiempo para nada. Algunos protestaban en voz alta, o se tiraban contra el dueño de la lechería como si, al fin y al cabo, él tuviera la culpa de todo.

Poco a poco, la gente empezó a irse. Algunos se quedaron conversando, protestando, entre ellos el hijo de la pedicura, que parecía haberse olvidado de que él ya había estado en la cola y había conseguido manteca. Protestaba a la par de los últimos de la fila. Cuando ya se habían ido todos, quedó solo, parado ante la cortina metálica, y se puso a gritar: “¡Degenedado de miedda, dame manteca!”.

Y todavía, mientras me alejaba, lo seguía oyendo: “Abdí, degenedado de miedda! ¡Dame manteca!...”.

Se puede vivir sin manteca. Se puede vivir sin azúcar, y aun sin estufa. Cuestión de meterse más trapos encima, usar pantuflas de abrigo y acostarse temprano, con la botella de agua caliente y una buena novela. Libros nunca faltan.

En la calle el frío es menos duro que en la casa. En el tranvía se viaja tan apretado que no hay lugar para el frío. El subterráneo es una delicia.

Bajo en Piedras y enfilo por Suipacha. Me paro siempre ante la misma vidriera, miro siempre el mismo pulóver color coral.

Entro en San Miguel. Mi placer en las iglesias es cada vez más intenso. Ésta es una iglesia lujosa; me gusta estar un rato aquí por la mañana, antes de entrar en el colegio. Me siento en un banco, miro las estatuas, aspiro el incienso, espío los gestos de las mujeres que comienzan su día en la iglesia.

Ya saqué del bolsillo el pedazo de tul de mosquitero que siempre llevo conmigo —para que ninguna viejita hija de puta me venga a decir que le falta el respeto a Dios— y lo tengo puesto en la cabeza. Ninguna de estas mujeres lleva algo mucho mejor que lo mío: no tengo de qué avergonzarme. Algunas ya vienen de la calle con un pañuelo atado debajo del mentón. Eso no me parece suficientemente religioso. Hay que cubrirse la cabeza en la puerta misma de la iglesia, para diferenciar el hecho de estar dentro de la iglesia del de estar fuera de ella. Lo que ellas hacen equivale a prenderle una bombita eléctrica a la Virgen, en vez de prenderle una vela.

Ya soy tan amiga de Dios que sé que Él no se va a enojar si me distraigo mirando qué tienen en la cabeza las otras mujeres. Hay una flaca, bastante joven, que usa una linda mantilla de encaje. Reza con gran energía, santiguándose a cada momento: parece que está apurada.

Algunas mujeres llevan pedazos de tul muy humildes, pero observo que en ninguno resulta tan obvio su origen de mosquitero. Por suerte la iglesia es un lugar penumbroso, y con tal de tener algo en la cabeza nadie llama la atención. Sigo recorriendo cabezas con la esperanza de encontrar a alguien más pobre que yo.

La encontré. Está encorvada en el penúltimo banco, y ha apoyado junto a ella un bulto que tiene, hecho con papeles y trapos. En la cabeza no tiene mantilla, ni pañuelo atado debajo del mentón, ni siquiera un pedazo de tul de mosquitero. Tiene un diario abierto sobre la cabeza. No se

arrodilla, no reza, no se santigua. Solamente está sentada, con su atado de trapos a un costado y el diario en la cabeza.

Solamente está sentada mirando a Dios, carajo.

Vos dirás: ¿Y qué se le ha dado a esta judía por meterse en mi templo? ¿Por qué no se mete en el suyo y nos deja en paz?

Te voy a decir: porque no lo conozco. Una vez estuve en una sinagoga, en un casamiento de lujo. Era una de las más lindas de Buenos Aires.

Pero estaba muy pelada, no había nada para ver.

Yo sé un montón de religión católica: sé rezos, sé ademanes, sé Jesús. Entro en las iglesias en secreto y eso aumenta el placer. En un templo judío no podría entrar en secreto: ya me vería algún pariente y vendría a saludarme a los gritos. Y mi religión, cualquiera que ella sea, tiene que ser un secreto, porque yo, en realidad, soy atea. Tengo la cabeza, calva de ilusiones: cuando me muera, me muero, y del otro lado no hay nada. Nada más que un dormir sin sueños. Así aprendí del abuelo, el que se mandó cremar. “No somos nada”, dijo. Y de su cuerpo que él cuidaba, que sólo alimentaba con verduras, que plegaba sobre una silla para leer La Vanguardia, quedó tan poca cosa que cupo en una cajita, y esa cajita causaba trastornos de tanto en tanto.

“Vengo a recordarte que hay que ir al cementerio por papá”, decía Mele. “Ya se cumplieron diez años, y si no pagamos lo van a mandar a la Fosa Común.”

Y ninguna podía ir. Ninguna tenía tiempo. Cada una pensaba que podían ir las demás, y todas se hacían las princesas, y empezaban a discutir sobre quién había ido la última vez, y al final de la discusión resultaba que se estaban peleando por algo que no tenía nada que ver con el abuelo, ni con el cementerio. Yo temía que se olvidaran, que no fueran a rescatarlo, y que lo que quedaba del abuelo se perdiera para siempre.

Creo que se perdió, nomás. No sé dónde está esa cajita, si es que está en alguna parte, y no me animo a preguntar.

Vos dirás, ¿y qué me viene a joder ahora con esas cosas del cementerio? ¿No le alcanza con meterse en mi templo, con renegar del suyo?

¿Qué carajo me importa a mí de las cenizas de su abuelo? Y, en general, ¿qué importa lo que pasa con los muertos?

Y ahora, como todos los días a esta hora, el boletín deportivo en el aire.

Garibaldi, Garibaldi, Garibaldi,

pum

Garibaldi

pum

Garibaldi

pum

Garibaldi, Garibaldi, Garibaldi,

pum

Garibaldi

pum, pum, pum.

¿Por qué?

Porque no tengo ganas.

Pero ¿por qué?

No sé por qué.

Pero yo sólo quiero que me digas por qué.

Porque no quiero porque no quiero porque no tengo ganas.

No me importa que no comas pero quiero que me digas por qué.

Porque no quiero porque no quiero porque no tengo ganas, mamá.

Y a la calle con esta cara que tengo, mirada oblicua, sin pestañear. ¿Será en este edificio, será en esta oficina, será ésta la oficina del Jefe?

Es aquí, es aquí, le diré confidencialmente: es aquí.

Suba en el ascensor. Ascensor. Ascensorista. ¿Piso? Décimo. ¿Usted también sube? Yo también subo. Siga, siga, por favor, siga mirando de costado con esa cara que tiene. ¿Así que usted también va para arriba? Voy para arriba, voy arriba de todo. Siempre subiendo. ¿Es esta puerta?

No, señorita, es la de al lado. ¿Está el Jefe? No hay nadie. ¿Cómo, no hay nadie? Hoy estaba la señora. ¿Qué señora? Bueno, el Jefe tiene una señora, una de esas señoras que limpian oficinas. Yo no busco una señora, yo busco al Jefe. Pero no está la señora. ¿No está? ¡Si hoy estaba! Se habrá ido. ¿Se fue? Pero si no se hubiera ido, ¿qué hago yo con ella?

¿Usted sabría decirme?

¿Usted no quería venir a la oficina del Jefe?

Pero yo no quería ver una oficina, yo quería ver al Jefe. ¿Usted no sabría decirme? Yo no sabría decirle. ¿Dónde está la Fosa Común? Esa información se la tiene que pedir al Jefe. En tal caso perdone, perdone y permítame la escoba, gracias, no se preocupe, disculpe y gracias, gracias, rosas, flautas, mareas, un único reloj con el eje roto por centésima vez, adiós, y al camino.

“Hijos, no”, dijo la abuela. “Para qué traer desgraciados al mundo.” Mele, que por fin se había casado, no pensaba tener un nene, como suelen hacer los que se casan.

Cabía preguntarse dos cosas: una, si Mele, de haber deseado tener hijos, hubiera podido tenerlos, dada su edad. Otra, ¿qué quería decir la abuela con eso de “traer desgraciados al mundo”? ¿Pensaba que los hijos de Mele serían desgraciados? ¿Desgraciados porque tendrían padres viejos? ¿Porque Mele solía andar con la boca abierta, y así se había tragado moscas vivas dos o tres veces en su vida? ¿O bien la abuela pensaba que cualquier niño que llegara al mundo, fuera hijo de Mele o no, sería desgraciado? ¿Desgraciado porque estaba por suceder alguna catástrofe?

¿Otra guerra, el fin del mundo? ¿Desgraciado porque todos los judíos somos desgraciados? ¿O todos los miembros de nuestra familia?

No pude hacer ninguna de estas preguntas en voz alta, porque se suponía que yo no estaba escuchando la conversación. Se suponía que yo estaba en mi pieza aprendiendo el teorema que dice que A es igual a A, y se demuestra por el absurdo.

La abuela y la hermana de León el de la relojería, el que tenía la hija loca en el manicomio, habían sacado sillas al patio y ahí estaban sentadas, hablando y moviendo la cabeza en la forma convencional que indica tristeza.

Lo cierto es que a Mele se la veía muy contenta cuando salió de casa con su marido, el tío

Tomás (para los íntimos, Tevie), un hombre tímido, de cabello y bigote gris, que tenía ciertos reparos en decir de qué se ocupaba. Siempre a través de conversaciones que no debía escuchar, me enteré de que atendía una ventanilla en el Hipódromo. No sé qué tenía de malo ese trabajo, pero él debía saberlo, ya que eludía hablar de eso. O tal vez se sentía disminuido en nuestra familia que, si bien estaba pasando por una mala situación, era una familia ilustre donde todos habían sido músicos y relojeros, hasta llegar al mismo Rey David. (“Músico” quería decir cantor litúrgico en el templo, y “relojero” quería decir componedor de relojes.

Nunca hubo en la familia carniceros ni sastres que pudieran desdorar la estirpe.) Durante el noviazgo Mele recibió a Tomás todos los domingos, en el comedor —él siempre traía merengues de dulce de leche para el té—, y después de la boda, durante algunos meses, vivieron en casa. Ocupaban la habitación que daba a la calle, a treinta metros del baño. Cuando Mele y mamá se peleaban, mamá cerraba con llave la puerta del comedor, que era el único pasaje techado hacia el baño. Con frío o con lluvia, esto era un inconveniente serio. Tomás atravesaba el patio corriendo, amparándose bajo un gran paraguas cuando llovía. Tenía una manera rara de correr, Tomás. Corría a pasitos cortos, con la espalda encorvada, y adelantaba tan poco que yo no me explicaba para qué corría: caminando hubiera llegado en la misma cantidad de tiempo. Me lo expliqué cuando Mele, en una tarde de confidencias, me contó la historia de Tomás.

Cuando Tomás era chico, allá en Polonia, su padre le enseñaba a trabajar la tierra. Si Tomás se equivocaba, o se cansaba, el padre descargaba sobre él el mismo látigo que usaba para azuzar los caballos. Si Tomás intentaba escapar, de nada valía: un hombre corre más que un chico, y allá iba Tomás, corriendo con sus pasitos cortos, con la espalda encorvada, bajo el látigo del padre. Después de oír esta historia, cada vez que lo veía correr por el patio de casa, yo apartaba la mirada.

En cuanto pudieron, Mele y Tomás alquilaron un pequeño departamento y se fueron de casa. Lo abarrotaron de muebles de manera que casi no se podía pasar y Tomás, aunque quisiera, no podía correr allí adentro.

Este tardío matrimonio fue, sin duda, el más feliz que hubo en la familia.

Vos estás podrida en plata. Hacete cargo de tu madre.

Así terminó la conversación, y mamá colgó el teléfono de un golpe. La abuela salió de la casa una semana después, precedida por Clark Gable que le llevaba la valija. Después de esto mamá y Otilia cortaron relaciones por largo tiempo. Otilia hizo varios intentos infructuosos de mandar a la abuela de vuelta a casa.

Yo iba a ver a la abuela de vez en cuando. La encontraba muy abatida, muy ausente, o sufriendo los síntomas de esa extraña enfermedad que la venía aquejando desde tiempo inmemorial, y que ningún médico había logrado definir. Todos la encontraban sana, notablemente sana para su edad, y le recetaban, cuanto más, unas vitaminas. “Los médicos no saben nada”, insistía ella, y tomaba sus propias precauciones. Un estudiante de medicina del barrio, que ponía inyecciones y tomaba la presión, venía prontamente cuando ella lo llamaba. Se sentaba a su lado, procedía con toda parsimonia a sacar de su estuche el aparato de tomar la presión, lo colocaba en el brazo que la abuela, ducha en estas cosas, dejaba caer blandamente al costado de la cama, y entre tanto hablaban de cualquier cosa: de si hacía frío o calor, de una planta que había en el patio. Después el muchacho comunicaba a la abuela las cifras que indicaba el aparato, y esto

determinaba el clima que reinaría en la casa en los días siguientes.

Aun cuando la presión fuera normal, la abuela era una bomba de tiempo. Un disgusto, una pelea, y la presión podía subir hasta matarla. “Me vas a matar”, comenzaba dulcemente cuando se la contrariaba en algo.

Una vez por año, en cierta fecha, se hace una gran fiesta en el Asilo de Ancianos Israelita. Acicalan a los ancianos con sus mejores galas, e invitan a toda la colectividad a pasar un domingo en la institución. Esto da lugar a una lucida ocasión social. Se instalan mesas para camping, puestos de venta de comestibles y bebidas, comodidades de vestuario y guardarropas, y escaleras de estatus. El que contribuye con el óbolo más grande puede subir al peldaño más alto. Otilia y Clark Gable no faltaban jamás, desde que su situación cambió, a diferencia de la de nuestra familia, que quedó crónicamente pobreta. Pero eso no nos importa, porque somos intelectuales, y ellos a lo sumo —y eso esforzándose mucho— llegarán a ser chanchos burgueses.

Después de hacerse cargo de su madre, Otilia visitó el asilo con otros ojos. Se fijó menos en las joyas que llevaban las mujeres visitantes, o en el monto de las contribuciones del Círculo de Damas Israelitas al Asilo, que en las caras de los asilados, y en averiguar cómo vivían. “Jamás”, pensó impetuosamente después de esta inspección. Sin embargo, cada vez que la abuela se ponía insoportable, renovaba las peleas con sus hermanas para que también ellas se hicieran responsables de su madre. Lo único que consiguió, en el curso de los años que la abuela pasó en su casa, fue que estuviera tres meses en General Pico, con Amanda. Al cabo de este período, Amanda la mandó de vuelta con el pretexto de que ella misma estaba enferma.

La abuela no murió de presión alta. Ya octogenaria (aunque nunca confesó más de setenta y ocho), fue sometida a una operación. Para entonces yo ya estaba lejos de ella, de todos. Me enteré por teléfono de que estaba mal, de que iba a ser operada. También por teléfono me enteré de que había muerto.

En un velatorio alquilado estaba el cajón, cerrado, según la costumbre hebrea, cubierto con un paño negro con la estrella de David. No creo que esto se haya echo por indicación suya. Es imposible que haya hecho previsiones para su muerte, puesto que no creía en ella. Al revés del abuelo, que creía en la muerte absoluta y en las ideas, y quiso arder hacia la Nada para demostrarlas. La decisión de enterrar a la abuela según la tradición judía tiene que haber sido de Otilia, que no podía quedar mal con sus relaciones de la colectividad.

Llovía cuando sacaron el cajón del velatorio para llevarlo al cementerio de La Tablada. Llovía mientras esperábamos que lavaran el cadáver y que llevaran el cajón al templo.

La ceremonia fue corta. De pie alrededor del cajón, oímos las lamentaciones hebreas del rabino. No las entendí, pero esa ceremonia fue la cosa más linda que vi protagonizar a la abuela. Después la enterraron, siempre bajo la lluvia, en un lugar muy alejado de la entrada. Los mejores lugares, los que quedan sobre la avenida principal, hace rato que están tomados. Se reservan para muertos notables que todavía están vivos, pero que saben darse su lugar.

FIN



Alicia Steimberg (1933-2012)

Nació en Buenos Aires en 1933. Es cuentista, novelista y traductora literaria. Publicó las novelas *Músicos y relojeros* (1971, Alfaguara 2008), *La loca 101* (1973), *Su espíritu inocente* (1981), *El árbol del placer* (1986), *Amatista* (1989, ganadora del premio La Sonrisa Vertical), *Cuando digo Magdalena* (1992, que obtuvo el Premio Planeta de Argentina), *La selva* (Alfaguara, 2000) y *La música de Julia* (Alfaguara, 2008). Es autora, además, del ensayo *Aprender a escribir* (Aguilar, 2006) y de los libros de cuentos *Como todas las mañanas* (1983) y *Vidas y vueltas* (1999), premiado por el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. Su obra ha sido traducida a varios idiomas y sus condiciones de narradora son reconocidas unánimemente por la crítica nacional e internacional.

OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA

La música de Julia

© Alicia Steimberg, 1994

© De esta edición:

Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S. A. de Ediciones, 2012

Av. Leandro N. Alem 720 (1001) Ciudad Autónoma de Buenos Aires

www.alfaguara.com/ar

ISBN: 978-987-04-2581-6

Primera edición digital: julio de 2012

Diseño de tapa: Raquel Cané / Iniciativa Editorial

Fotografía de autor: Victor Sokolowicz

Conversión a formato digital: Libresque

Alicia Steimberg

Músicos y relojeros. - 1a ed. - Buenos Aires: Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, 2012.